



año 4 • número 33 • agosto 2008

# MOVIMIENTO

*reseñas y debates*



---

## **Instituto de Altos Estudios Juan Perón**

El Instituto fue creado en 2004 como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista por disposición de su Congreso Nacional. En su Consejo Académico contiene a un extenso grupo de intelectuales y pensadores. Su objetivo es desarrollar un ámbito de capacitación, investigación y debate que permita jerarquizar la formación de dirigentes políticos y sociales.

En la actualidad, el Instituto, entre otras actividades, edita videos, libros y revistas, elabora un boletín digital, coordina talleres presenciales sobre pensamiento político contemporáneo y organiza cursos y conferencias de capacitación política a distancia. Cuenta con una biblioteca especializada y textos digitalizados de doctrina peronista. Además, ha celebrado convenios con otras instituciones de todo el país, a fin de impulsar acciones conjuntas de capacitación política e intercambiar publicaciones.

El Instituto se propone realizar aportes para reformular y actualizar los principales contenidos de la doctrina peronista, a fin de que la misma pueda volver a servir como pilar fundamental del proyecto nacional.

Esta publicación está abierta a la colaboración de todos aquellos que deseen expresar en ella sus opiniones.

### **Presidente**

Antonio Cañero

### **Vicepresidente**

Silvio Maresca

### **Coordinador general**

Mariano Fontela

### **Coordinadores de Movimiento**

Fernando Duarte

Ana Zeliz

**Dirección:** Reconquista 46 - Piso 9 (C1003ABB) Buenos Aires

Teléfono/Fax: (011) 4348-9601/03

Email: laejuanperon@argentina.com

Sitio Web: [www.institutojuanperon.org.ar](http://www.institutojuanperon.org.ar)

# Peronismo y oligarquía

En su mensaje a la Asamblea Legislativa del 1° de mayo de 1948, Juan Perón explicitó una línea doctrinaria para el movimiento por él fundado: “No somos enemigos del capital aun foráneo, que se dedica a su negocio, pero sí lo somos del capitalismo, aun argentino, que se erige en oligarquía para disputarle a la Nación el derecho de gobernarse por sí”. Así, el concepto de *oligarquía* se convirtió en uno de los ejes del discurso peronista, aunque su uso nunca dejó de ser vago.

Norberto Bobbio ha dado una buena definición de *oligarquía*: “el poder supremo lo detenta un pequeño grupo de personas tendencialmente cerrado, ligadas entre sí por vínculos de sangre, de interés o de otro tipo, que gozan de particulares privilegios y utilizan todos los medios que el poder les da a disposición para mantenerlos”. La virtud de esta acepción es que no se limita al ámbito estrictamente político, por lo que se puede hablar de oligarquías religiosas, militares, académicas, etcétera.

Etimológicamente, sin embargo, oligarquía es un término que proviene del griego, que significa “gobierno de pocos”, aunque los pensadores griegos lo usaban más bien como “gobierno de los ricos”. Así lo entendió por ejemplo Platón, en su *República*: “los ricos gobiernan, mientras que el pobre no puede participar en el poder”.

En la misma línea, para Aristóteles la *oligarquía* era el gobierno de pocos en beneficio de ellos mismos, por oposición a la *aristocracia*, en la que “los mejores” gobernarían a favor de la mayoría. Es decir, la oligarquía para Aristóteles no era mala porque fuera un gobierno de pocos, sino porque en ella se gobernaba “mal”.

Con el correr de los siglos el uso del término se ha ido extendiendo, aplicándose a diferentes formas de elitismo político, por su oposición con los ideales democráticos. En el siglo XVII, Jacques Bossuet procuraba reflejar esto, afirmando que la política “es un acto de equilibrio entre la gente que quiere entrar y aquellos que no quieren salir”. De todas formas, algunas formas de elitismo no suelen ser consideradas oligárquicas. Por ejemplo, en el caso de la tecnocracia, si bien el criterio es también excluyente, la clave de la composición del grupo gobernante no es su cantidad, sino su supuesta idoneidad.

A principios del siglo XX, con la generalización de las democracias de masas, surgió una corriente de pensadores que sostuvo que de alguna manera todos los gobiernos han sido “gobiernos de pocos”. En esta línea se inscribieron Max Weber, Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto. El más explícito fue Robert Michels, quien postuló la “ley de hierro de la oligarquía”, por la cual en toda organización un grupo invariablemente se dispone a conducirla e impedir el ascenso de otros grupos. De esta forma, a pesar de los principios democráticos que se dicen defender, “los elegidos dominan a los electores”. Por eso, para Michels, “quien dice organización dice oligarquía”.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, Charles Wright Mills describió el elitismo oculto del régimen político en Estados Unidos, donde, según él, el poder era detentado por gerentes de grandes corporaciones, altos cargos militares y líderes políticos que compartían lazos familiares, económicos y sociales, una formación común y valores similares.

Estas críticas llevaron a una profunda reformulación de una parte importante de la teoría democrática. A partir de allí, muchos pensadores redefinieron el concepto de democracia, donde la clave ya no estaría en los criterios de selección de los líderes de cada grupo político, sino en su competencia: lo fundamental no sería que el pueblo gobierne, sino que pueda elegir entre diferentes grupos, aunque éstos fueran oligárquicos. En otros términos: si las tendencias oligárquicas son inexorables, lo que cabe es asegurar una competencia entre oligarquías. En la fórmula de Joseph Schumpeter, la democracia no es un régimen donde el pueblo gobierna, sino uno donde el pueblo elige a quien gobierna.

En la historia latinoamericana, el término *oligarquía* se usó para reflejar el modo en que los grandes terratenientes ocuparon espacios de poder y desvirtuaron las instituciones establecidas por las constituciones republicanas. Por eso en el habla cotidiana de los argentinos, el término no se aplica a un régimen político determinado, sino a una cualidad personal, la de una persona con mucho dinero o de clase alta, que en general se opone a los movimientos populares. En buena parte del imaginario local, un *oligarca* es un latifundista, y por extensión, cualquier dueño de la tierra es en principio oligarca.

En síntesis, el significado valorativo del término siempre ha sido negativo, y ha tenido una función más polémica que ilustrativa. Ese fue el sentido que le asignó el peronismo desde sus inicios. La *oligarquía* fue lo opuesto al pueblo: “la historia del mundo ha sido la lucha del pueblo con la oligarquía”, escribió Juan Perón.

Ya en la proclama del golpe del 4 de junio de 1943, que Perón manifestó haber redactado, se decía: “se ha llevado al pueblo al escepticismo y a la prostración moral, desvinculándolo de la cosa pública, explotada en beneficio de siniestros personajes movidos por la más vil de las pasiones”. Así, en el peronismo fundacional, el término oligarquía tomó varios significados relacionados: sector social que explota a los trabajadores en su provecho; soberbia de clase (“cuando un peronista comienza a sentirse más de lo que es, empieza a convertirse en oligarca”); gobierno de políticos profesionales, “personeros” del interés de las clases altas o de los grandes imperios mundiales (“nuestro propio pueblo había sido sometido durante muchos años por las fuerzas del capitalismo entronizado en el gobierno de la oligarquía”); grupo formado por unas pocas familias pudientes que en la segunda mitad del siglo XIX crearon un sistema político y social excluyente de las mayorías (“como todos los patricios que entregan a sus descendientes el manejo de la cosa pública, éstos se convirtieron en una oligarquía”); régimen político basado en el fraude electoral y la complicidad de la prensa (“dio al pueblo el derecho de votar, pero jamás el de elegir sus gobernantes”); práctica política que se desentiende del imperativo de justicia social y se funda sobre la beneficencia; y por último, grupo formado por grandes productores de carne vacuna (“oligarquía vacuna”, textualmente).

Esta concepción amplia se mantuvo casi sin variaciones ni discernimiento crítico hasta la actualidad, tanto en algunos peronistas como en muchos progresistas o izquierdistas no peronistas. Sin embargo, los cambios políticos y socioeconómicos operados en las últimas décadas obligan a revisarla: puede ser que haya aún “oligarcas”, es decir personas con actitudes “oligárquicas”, pero ya no hay una oligarquía como la que enfrentó el peronismo fundacional. Además, si bien los medios masivos de comunicación suelen promover intereses de los estratos de mayores ingresos - como ocurrió en el caso paradigmático de la campaña para las privatizaciones a partir de 1983-, están lejos de mostrar la univocidad de la primera mitad del siglo XX.

Una visión ideológica cerrada opera más para ofuscar que para permitir distinguir esta realidad. La asociación automática entre oligarquía y propiedad de la tierra ignora los cambios ocurridos y facilita la forma-

ción de una identidad antagonista. En el conflicto por las retenciones, muchos sólo vieron en “el campo” el resurgimiento de la derecha y sus malos hábitos: el clima fue muy similar al de 1955, es verdad, pero no era solamente eso. Hoy resulta absurdo pretender que los propietarios de la tierra puedan tener un poder siquiera comparable al que tenían en la primera mitad del siglo XX. La enorme cantidad de nuevos actores que se han incorporado a la producción agropecuaria obligan al menos a revisar muchos de los conceptos que se han venido barajando con ligereza.

Persisten sí rasgos culturales antipopulares o elitistas, estilos de vida rentistas y hasta actitudes particularmente desagradables. Últimamente estos rasgos se vieron agravados, en tanto grupos de elevados ingresos justificaron abiertamente acciones antidemocráticas y demostraron estar dispuestos a hacer circular cualquier imputación contra el gobierno nacional, por más absurda que fuera. Sin duda ello explica la permanencia de una animosidad equivalente más o menos disimulada en el campo popular. Pero resulta ridículo llamar oligarquía a quienes no tienen el más mínimo control sobre el mercado, por más que las tierras que poseen o explotan sean desmesuradamente extensas. Magnificar el poder de estos sectores es un error político mayúsculo que impide distinguir grupos y actitudes, y que termina convirtiéndose en una forma de profecía autocumplida.

Hoy los argentinos estamos ante un cambio de paradigma mundial respecto al valor de los alimentos, y la única forma de responder a este desafío será recreando un sujeto social consciente de su papel en el desarrollo nacional. Pocas veces los peronistas hemos encontrado la manera de impulsar un empresariado agropecuario comprometido con el proyecto nacional.

No lo lograremos si seguimos mirando los problemas del futuro con categorías viejas. La historia nos está dando una nueva oportunidad. No es razonable desaprovecharla. Como bien decía Luis Barthou, “es más absurdo prolongar un error que cometerlo”.

*Antonio Cafiero*

Isidoro Cheresky, compilador

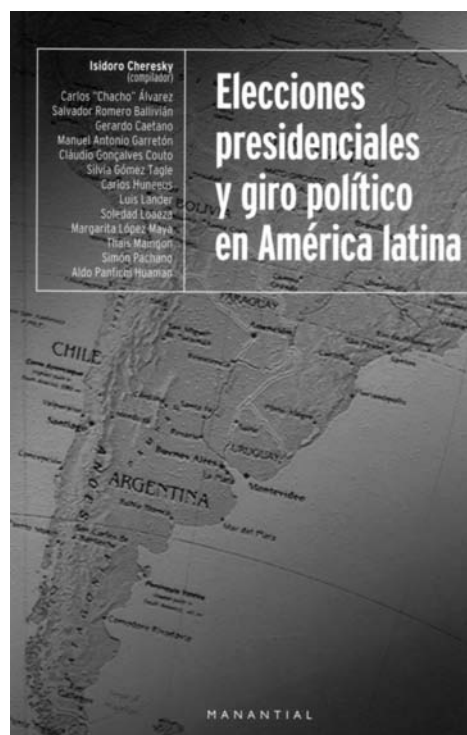
## Elecciones presidenciales y giro político en América Latina

Buenos Aires, Manantial, 2007, 340 páginas

En general, podría notarse en el libro la distancia entre las expectativas generadas por la victoria de fuerzas “progresistas” en América Latina en las elecciones de los últimos años, y la forma en que la realidad fue evolucionando con posterioridad. También hay un cierto tufillo a “con la democracia se come, se educa, etcétera”, que puede sonar algo reduccionista. En el artículo de Chacho Alvarez se enfatiza en los distintos caminos de respuesta que se ensayan frente a las frustraciones que dejaron las décadas pasadas, alejándose en muchos casos de los sistemas tradicionales de partidos que ya no son productores o hacedores de candidatos ganadores, salvo en Chile y Uruguay. En los países donde el sistema político estalló –Venezuela, Bolivia y Ecuador–, las opciones movimientistas con fuertes liderazgos han ocupado el vacío.

Isidoro Cheresky, el compilador del libro, propugna que las elecciones han canalizado la conflictividad o han permitido la salida de la deslegitimación, pudiendo ser consideradas una suerte de “minirrevoluciones”. Diferencia entre las votaciones nacionales y locales: en éstas el factor identitario es más fuerte y se hilvana una fuerte red de intereses con cierta autonomía. Habla de la posibilidad de una mutación sin retorno en los partidos políticos, pero también que esta mutación, para el ciudadano común, se inscribe en el registro de la circulación de las elites, existiendo frecuentemente una relación de connivencia entre algunas elites sociales y el poder político. Su análisis del gobierno de Kirchner destaca formas de construcción política que no son las que parecen predominar actualmente.

Manuel Antonio Garretón dice que en la región habría que construir sistemas políticos democráticos, lograr la democratización social, reformular el modelo económico y buscar una inserción autónoma en los procesos de globalización. Todos temas aún pendientes. Nos habla del nuevo mito, el de la sociedad civil y la ciudadanía, y su riesgo para las instituciones. Analizando las diferencias en las izquierdas de otras épocas y las actuales, concluye que no estamos en presencia de un gran proyecto de izquierda o progresista para América Latina, sino ante respuestas de



estos sectores a las problemáticas de la reconstrucción de las relaciones entre Estado y sociedad y de las reacciones a la herencia inmediata.

Comenzando los estudios de caso, Carlos Huneeus nos habla de la cultura cívica chilena, que prefiere los acuerdos y rechaza los conflictos. Destaca la disminución de la pobreza, partiendo del programa “crecimiento con equidad” del demócrata cristiano Patricio Aylwin, y su continuidad en todos los gobiernos de la Concertación. Realiza un detallado análisis, tanto de la candidatura de Michelle Bachelet, su relación con Ricardo Lagos y los partidos que la sostienen, como de la oposición, en la cual Sebastián Piñera venció a Joaquín Lavín, cometiendo luego el error de pretender fracturar la unidad de los partidos de la Concertación, lo que se volvió en su contra.

Gerardo Caetano nos cuenta que el Frente Amplio prometió llevar como prioridades a su gobierno un país productivo, social, innovador, democrático e integrado, esto último referido al plano regional. Afirma que Tabaré Vázquez siempre vio a su gobierno más en la línea del de Lula o Bachelet que en la de Chávez y Fidel, y destaca el desafío para la izquierda de demostrar que podía gobernar sin dejar de ser izquierda. Nos dice Caetano que las democracias no conviven bien ni con las “horas 0” ni con los “abismos inimaginables”, y que el ejercicio del poder modera por definición. Relata la influencia de Danilo Astori, de José Mujica y de Gonzalo Fernández, y la situación del Frente Amplio, que suele ocupar simultáneamente los espacios de oficialismo y oposición.

Claudio Gonçalves Couto desarrolla las diferentes percepciones de los sectores medios del Brasil que enfatizaron los problemas de corrupción, con las de

los pobres, objetivamente beneficiados por políticas que produjeron una redistribución real del ingreso.

Nos informa que la clase política brasileña se constituyó como una oligarquía, a despecho de sus divisiones partidarias y de la dinámica competitiva interna, y relaciona esto con las tesis de Robert Michels. Nos recuerda que suele tomarse “reforma política” como un remedio milagroso, pero a la vez advierte que no es posible hacer reformas morales, y que las salidas son institucionales y organizativas.

Silvia Gómez Tagle analiza las elecciones del 2 de Julio de 2006 en México, partiendo de la hipótesis de que la democracia mexicana ha sido producto de un largo proceso de negociaciones entre fuerzas económicas y políticas adversas, que han dado por resultado la gradual liberalización del sistema electoral, pero sin un “pacto fundacional” ni una gran reforma que diera origen a nuevas instituciones. Destaca las continuidades en materia económica entre los últimos gobiernos del PRI y el PAN, la participación del Consejo Coordinador Empresarial y de los poderosos grupos de prensa en la campaña sucia contra López Obrador.

Soledad Loaeza se refiere a la inestabilidad del sistema de partidos en México entre 2000 y 2006, calificando a las ocurridas en esos años como “elecciones críticas”, donde se produjeron movilizaciones masivas de votantes que modificaron la distribución de fuerzas políticas. Califica de “llamado plebiscitario” al formulado por López Obrador, con el consecuente riesgo para las instituciones. Destaca la transferencia de cuadros del PRI al PRD. Esto habría que contrapesarlo con la actitud de quienes dentro del PRI enfrentaron a su candidato, generando un frente conocido como Todos Contra Madrazo (TUCOM), desarrollado en el apartado anterior, que sugiere concomitancia con el PAN.

Aldo Panfichi Huamán habla de las elecciones peruanas de 2006, del auge y caída de Ollanta Humala. Desmitifica la idea de éste como un outsider, refiriéndose a la larga historia de relación entre ejército y política en el Perú. Y concluye que el crecimiento económico sin redistribución produce una mayor fragmentación de la representación política. Margarita López Maya y Luis Lander nos muestran logros socioeconómicos del gobierno de Hugo Chávez. Asimismo, analizan cómo se cambió, en el curso de la campaña electoral, un discurso inicial confrontativo por otro basado en “el amor”, acompañado por la inauguración de obras de infraestructura. Y remarca la profunda división político-social que vive Venezuela, que tendría una nueva expresión, fuera de los alcances de este libro, con el último referéndum.

Thais Maingon escribe “Venezuela, una democra-

cia complicada”. Habla del histórico reparto, entendido como la distribución de abundantes recursos fiscales producto de la exportación petrolera de acuerdo con la capacidad de demanda de los distintos sectores de la sociedad, antes que por intermedio del aumento de las capacidades productivas, de la seguridad económica y social de la población, y de la redistribución de la riqueza por la vía de políticas fiscales progresivas y de políticas sociales focalizadas.

Critica en el actual gobierno la creciente militarización de la sociedad y del sector público, así como el estancamiento de los indicadores de salud, con aumento de la tasa de mortalidad infantil. Finaliza diciendo que la gente votó por la continuidad, la estabilidad y en contra del cambio y las consecuencias que éste podría traer, como por ejemplo, la ingobernabilidad. Y también la mayoría votó porque siguieran funcionando las misiones (educación, salud, capacitación, adquisición de alimentos, vivienda).

Simón Pachano se pregunta si el sistema de partidos en Ecuador cambió o colapsó. Opta por la primera alternativa, destacando además la importancia de los sistemas subnacionales en su país.

Por último, Salvador Romero Ballivian se refiere a la elección del 18 de Diciembre de 2005 en Bolivia, cuando Evo Morales logra el primer gobierno monocolor de la democracia boliviana en los últimos veinte años. Revisa la historia reciente y adopta la terminología “elección de combate”, en la cual se eligen orientaciones fuertes y las organizaciones se comprometen activamente con las metas programáticas, lo que suele establecer picos de participación frente a las “elecciones de apaciguamiento”. El MAS encarnó la renovación, la contratara de la “democracia pactada”, percibida como pervertida por pactos guiados por intereses particulares. También destaca el autor el fuerte asentamiento rural del MAS, que se vio reafirmado en el reciente referéndum revocatorio.

También analiza el segundo lugar de Podemos (Quiroga) y su alianza implícita con el MIR, el discreto nacimiento de UN (Doria Medina), el derrumbe del MNR (Nagatani) y la salida del escenario del MIP (Felipe Quispe). Calificando a la del 2005 como una elección de realineamiento, destaca el apoyo logrado por Morales en las ciudades, la heterogeneidad del triunfo en las distintas regiones, el surgimiento de los comités cívicos, que desbordan los cuadros partidarios.

*Ernesto Jorge Tenenbaum*

Claudio Díaz

## Manual del antiperonismo ilustrado

Buenos Aires, CICCUS, 2006, 320 páginas

En la tónica de las *Zonceras* de Arturo Jauretche, esta publicación de Claudio Díaz está lanzada a poner en evidencia las críticas de mala fe que caracterizan a cierto periodismo y a cierta *intelectualidad* cuando se refieren a los movimientos populares.

Ya los grandes diarios, *La Nación* y *La Prensa*, se manifestaron desde antes de la primera victoria electoral de Hipólito Yrigoyen como severos críticos del naciente gobierno, cuyos partidarios habían desenganchado los caballos del carruaje presidencial para llevarlo a la rastra. “Parecía el carnaval de los negros” (De Lusarreta, Pilar, *Cinco dandys porteños*), lo calificaría el doctor benigno Ocampo, al describir escandalizado el hecho con el usual desprecio racista de la oligarquía.

El diario *Crítica*, que dirigía Natalio Botana, manifestó desbordante alegría por la caída del detestado *Peludo*, el 6 de septiembre de 1930. Quince años después, desde una intencionada primera plana, manipulaba la información de los hechos del 17 de octubre, y desde el edificio del vespertino se asesinó ese día al adolescente Darwin Passaponti, el primer mártir del peronismo.

El mismo Jauretche, tras la caída de Perón, arremetió contra la mencionada *intelectualidad*, cuando publicó *Los profetas del odio*. El libro denunciaba el despiste bucólico de Ezequiel Martínez Estrada y los delirios conspirativos de Silvano Santander, que retomó con poco tino Julio Irazusta. Ya en los 60, publicaría el que ya es su clásico, en el que culmina la denuncia de aquellos que se sienten con derecho a deambular entre lo verdadero y lo falso, sin dar importancia a las consecuencias, pero advirtiendo a quienes los critican: “*Pido gancho, soy periodista (o intelectual o estudiante)*”.

Claudio Díaz, que es periodista, no se ha dejado amedrentar, y no vaciló en retomar el camino del maestro de Lincoln, tomando su invitación de llenar algunas de las páginas que éste había dejado en blanco al final de su obra, para que las completaran quienes estuvieran decididos a tomar la posta. Y en 2005 dio a conocer la primera edición de su *Manual del Antiperonismo Ilustrado*.

Este consiste en nueve nutridos capítulos en los que se analiza, con un criterio neo jauretchiano, las mil y una caras que ha tenido la denigración *intelectualosa* del



peronismo desde sus orígenes a la actualidad. En la segunda edición, la fundación CICCUS decidió agregar materiales gráficos y textos que complementarían el trabajo del autor, con una aproximación a la identidad del peronismo como fenómeno desarrollado en un tiempo y en un espacio.

En un desarrollo tan impiadoso como veraz, Díaz inicia su vivisección del antiperonismo ilustrado por el lado de los *maestros del pasado*, centrando su mira en las hazañas de los historiadores presuntamente *objetivos*.

Tras un repaso de la historia liberal tradicional, sus mitos diabólicos -Rosas, Yrigoyen y Perón- y sus refutados nacionales, como Pepe Rosa, Jauretche o Fermín Chávez, recorre otros campos de la intelectualidad instalada en los que no faltan monseñor Laguna, o Arnaldo Rascowsky. Por fin se ocupa de la escuela que Jauretche llamaba *bendigo a tutti*, en la que se trata de amigar al Chacho con Bartolomé Mitre, con el inconveniente -diría Don Arturo- de que Peñaloza debía abrazar con un solo brazo, porque con el otro tendrá que sostener la cabeza que le cortaron en Olta.

En diciembre de 2001, la Argentina vivió una crisis terminal. Desde los 50 sufrió el azote de una guerra civil larvada. En el cuarto de siglo que transcurrió entre 1976 a 2001 se produjo la deliberada desestructuración de la Argentina industrial, tanto en lo económico-social como en sus valores y creencias. Se puso al país al borde de la descomposición y los diversos sectores de la comunidad terminaron enfrentándose entre sí en un verdadero *sálvese quien pueda* mortal. Sin embargo, el *espíritu de la tierra* del que hablaba poéticamente Raúl Scalabrini Ortiz parece haber inspirado a la carne social en vías de desintegración, y la Patria -enferma y herida- sobrevivió.

El desconocimiento generalizado de nuestro pasado

ayudó. El vaciamiento de la conciencia histórica fue fomentado desde el terror por la última dictadura y alimentado luego por tecnócratas que casi eliminaron su enseñanza de los programas escolares, avalados por historiadores *académicos*, funcionales a la desnacionalización desde una pretendida historia científica y avalorativa.

El odio antipopular se expresó a través de los fusilamientos, las proscripciones y, más recientemente, con secuestros, torturas y desapariciones. Paralelamente, los doctos al servicio de estas políticas divulgaban sus escritos como si fueran verdades reveladas y como si hablaran desde una fingida ecuanimidad.

*Cuando la historia la escriben los que ganan.* No es extraño que el primer capítulo del libro, que lleva este título, se ocupe de los historiadores, de quienes Cervantes dijera: los que *“de mentiras se valen, merecen ser quemados como los que hacen moneda falsa”*. No seríamos tan severos como el Manco de Lepanto, y menos en esta Argentina en la que ha corrido tanta sangre, aunque de *quemarlos* en un sentido más coloquial se ocupa Díaz. Encabeza el capítulo con un texto de Rodolfo Walsh, que dice: *“Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los humildes no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe comenzar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como la propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”*.

“Es recomendable proceder”, a la hora de incorporar una idea, “de la misma manera que cuando nos llevamos a la boca un alimento o una medicina.” Asegurarnos de que “no le harán mal al organismo”. Siguiendo a Fermín Chávez, Díaz señala que “la historia oficial argentina dio respuestas a muchas preguntas que en todas las épocas formularon historiadores y pensadores de ese canon académico que divide a los protagonistas del proceso político y social del país en ángeles y demonios”.

En la posición pretendidamente neutral de la Historia, Díaz menciona a Félix Luna, quien lograra en su vejez ser reconocido como Académico por los mismos que no le reconocían tal jerarquía por ser un mero *divulgador*. Luna, con su colaboradora María Sáenz Quesada, describe los hechos del 17 de octubre de 1945 con su desapasionada imparcialidad: “Perón lo hostilizaba (a Braden) de todas las maneras posibles, haciéndolo atacar por la escasa prensa adicta”. Punto de vista en el que disientían con el historiador norteamericano Joseph Page, quien señala que “Braden demostraba una actitud desvergonzadamente proconsular”.

A su vez, las masas que llenaron la Plaza de Mayo se habían movilizadado “espontáneamente en algunos

casos, activados por improvisados dirigentes en otros, y con la buena voluntad de la policía de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal”.

Naturalmente, no queda afuera de la enumeración Tulio Halperin Donghi, un historiador *—el mejor de la Argentina*, para los ilustrados de marras— que ha declarado recientemente, en un reportaje de la revista *Ñ*, que el peronismo fue *“un mamarracho”*, habiendo dedicado una minuciosa descripción *—con fervor de converso—* a la quema de las iglesias de junio de 1955, para apenas mencionar la “tentativa de golpe militar” que se había producido horas antes y sin mencionar a las víctimas (¿cuántas?) del bombardeo (Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*).

El inefable Mariano Grondona, hoy convertido a la democracia después de haber propiciado todo tipo de interrupciones violentas de los gobiernos populares, cita al escritor peruano Mario Vargas Llosa en una reciente declaración. En ella, este izquierdista convertido al neoliberalismo se asombra de que el peronismo *—que “lleva a la Argentina en sus hombros hace muchísimos años”*— y es por ello responsable de su fracaso, siga contando con “una confianza de una masa enorme de argentinos”. Grondona, que conoce la enfermedad desde cerca, le abre los ojos al autor de *Pantaleón y las visitadoras*: frente a los pobres, el peronismo “promete sacarlos cuanto antes de su condición. Acto seguido, dicta medidas demagógicas que adulan la imaginación de los pobres, pero que en verdad empeoran su suerte y aumenta su número. El populismo ama tanto a los pobres que los multiplica... Cuantos más pobres haya, más votos tendrán los que los multiplican. También se lo ha comprobado en Venezuela, donde Chávez aumenta al mismo tiempo el número de los pobres y el número de sus votos”.

Los peronistas, “como dijo Borges, no son ni buenos ni malos, son incorregibles”, pero la culpa no es de ellos, sino del “no peronismo”, que es en realidad “inexistente. Su pecado mortal”, concluye como una clarinada convocante, “es la desertión”.

Los restantes capítulos llevan al lector por “Viejos y nuevos cuentos de la selva”, “Leyenda negra, pensamiento blanco” y, parafraseando a Don Arturo, “Zonzeras y verdades”. Para terminar con el título que pone en evidencia la inutilidad de los quehaceres de los *ilustrados* de marras: “Aunque no lo veamos, Perón siempre está”.

Uno de los ejes permanentes de nuestra historia política es la contradicción entre despotismo ilustrado y soberanía popular. Para los *ilustrados* criollos, el populacho tiene que ser excluido de la política y la Argentina debe adaptarse a los modelos del hemisferio norte. Cuando el peronismo permitió que muchos trabajadores accedieran por primera vez a algunas como-

didades de la civilización, la soberbia de algunos mediocres comenzó a difundir leyendas acerca de lo que *la negrada* hacía con el parquet o con las bañaderas. Más adelante, el odio antipopular se manifestó de manera más violenta y más cruel, pero la tarea de los plumíferos funcionales siguió activamente. Hasta nuestros días.

En los tiempos que corren, cuando estamos tratando de recuperar lo nacional, la política, la historia, especialmente la propia y más cercana, somos conscientes de que las generaciones jóvenes merecen tener una información mayor acerca de lo que el peronismo ha significado en la construcción de la Argentina. Porque en la medida en que no lo difundamos, sólo quedarán las vagas nociones de la violencia de los 70, presentadas como una violencia irracional, sin causas. Se agregará el *caos* del gobierno de Isabel –tan caótico que parecería justificar la tiranía *procesista*– y, por fin, el menemismo, que fue la etapa en que se dismanteló sistemáticamente lo mucho que quedaba de la obra de los años 40 y 50 y que las décadas de proscripción y persecución no habían sido capaces de destruir.

Es cierto que los grandes centros de difusión de la cultura y del pensamiento siguen estando en otras manos. En la de nuestros enemigos, como la casi totalidad de los medios periodísticos que son la verdadera oposición, o en la de aquellos a quienes Perón llamaba *bosta de paloma*, porque no tienen color ni olor. Éstos critican al movimiento popular desde presuntas posiciones extremas –es decir, pretenden correrlo por *izquierda*– o se dedican a encontrar desprolijidades que son inevitables en la gestión de gobierno, aun en un momento en que tratamos de concretar el sueño integrador de San Martín y Bolívar, y que Perón retomaba al decir que el destino de nuestros pueblos era estar *unidos o dominados*.

Si la *ilustración* de los pretendidos *ilustrados* da nombre al libro, también la *ilustración* es la estampa o dibujo que enriquece un texto. Por eso la presentación –mediante imágenes de aquel tiempo– es una síntesis de la transformación alcanzada por la Argentina de 1945 a 1955, como contraste con la falacia de los escribas.

Fue tan monumental la obra material y espiritual de ese peronismo fundacional, que explica por sí misma su persistencia en el tiempo y su arraigo en el ADN de millones de argentinos: es la obstinación que hoy sigue sorprendiendo a algún filósofo desencantado de su fugaz peronismo juvenil.

*Enrique Manson*

“Un yo orientado al corto plazo, centrado en la capacidad potencial, con voluntad de abandonar la experiencia del pasado, es –para presentar amablemente la cuestión– un tipo de ser humano poco frecuente. La mayor parte de la gente no es así, sino que necesita de un relato de vida que sirva de sostén a su existencia, se enorgullece de su habilidad para algo específico y valora las experiencias por las que ha pasado. Por tanto, el ideal cultural que se requiere en las nuevas instituciones es perjudicial para muchos de los individuos que viven en ellas. (...) Los cambios institucionales que describo en el lugar de trabajo se refieren en realidad sólo a los sectores punteros de la economía: alta tecnología, finanzas mundializadas y nuevas empresas de servicios con tres mil empleados o más. La mayor parte de la gente, tanto en Estados Unidos como en Europa occidental, no trabaja para empresas de ese tipo. Sin embargo, esta pequeña franja de la economía tiene una influencia cultural que trasciende con mucho a su cuantía numérica. Estas nuevas instituciones sugieren la nueva formulación de las habilidades y capacidades personales. (...)”

El espectro material de la inutilidad saca a la luz un grave drama cultural. ¿Cómo se llega a ser valioso y útil a los ojos de los demás? La manera clásica de hacerlo es la propia de la artesanía, es decir, mediante el desarrollo de algún talento especial, de alguna capacidad particular. (...) Explorando la potencialidad para crecer y no los logros del pasado, la búsqueda de talento se adapta muy bien a las peculiares condiciones de las organizaciones flexibles. Estas organizaciones emplean los mismos instrumentos con un propósito más amplio: a la vez la eliminación y la promoción de individuos. Las comparaciones odiosas entre ellos adoptan un carácter profundamente personal. En esta selección de talentos, a quienes se considera privados de recursos internos se los deja en el limbo. Ya no se los podrá considerar útiles ni valiosos, sean cuales fueren los logros que hubiesen cosechado en el pasado”.

Richard Sennett: *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama, 2006.

Cristina Fernández de Kirchner

## Pensando en la Argentina

*Buenos Aires, Planeta, 2007, 462 páginas*

“Vale la pena hacerse cargo de los ideales, de las convicciones. Volver a representar a la sociedad es el hecho por el cual nos incorporamos a la política”, dice en uno de sus discursos la actual presidenta de la República Argentina, Cristina Fernández de Kirchner.

La claridad conceptual, la visión estratégica y la pasión enunciativa que caracterizan a esta primera mandataria con treinta años de trayectoria política, se ven claramente reflejadas en este libro que compila 37 exposiciones en el Congreso de la Nación desde 1996 hasta 2006, 22 discursos en su campaña a senadora nacional de 2005 y 22 conferencias y disertaciones brindadas en los principales foros internacionales y universitarios de los Estados Unidos, Europa, América Latina y Asia.

En estas páginas, el lector no sólo podrá acceder al pensamiento integral de su autora, sino que además comprobará que este material constituye un aporte fundamental al debate político profundo y sincero, en momentos como este, en el que existe una imperiosa necesidad de construir un auténtico proyecto nacional que nos permita mirar al futuro en clave del país que nos merecemos.

Cada una de las alocuciones de la autora nos propone una mirada integral de la realidad nacional, regional y mundial: desde una perspectiva histórica basada en aprovechar lo mejor de las experiencias del pasado, Cristina Fernández de Kirchner es capaz de hacer anclaje en el presente y proyectar con convicción hacia el modelo al que cree hay que apuntar. Con ese espíritu, destacó ante un grupo de estudiantes de Nueva York que uno de los imperativos de la hora es “volver a retomar la historia, lo que no significa que el modelo sea el de hace cincuenta años porque la Argentina y el mundo cambiaron. (...) Todos sabemos que si un país no produce, está siempre sujeto a los flujos y los cambios de los precios internacionales. En los países con mayor grado de industrialización es donde mejor viven sus sociedades; en los países con menor nivel de industrialización es donde peor vive su gente y más sujetos quedan sus segmentos productivos a los cambios en la economía internacional”.

Asimismo, la caída del Muro de Berlín y la unipolaridad de la Posguerra Fría la llevan a una fuerte apuesta por el multilateralismo y la integración lati-



noamericana, en tiempos en que la financiarización de la economía mundial globalizada exige alianzas y solidaridades que les permitan a las regiones más postergadas salir del abismo al que, por siglos, han sido confinados sus pueblos.

Como ejemplo de lo antedicho, vayan estas declaraciones vertidas hace una década: “nosotros concebimos el proceso de globalización y de integración como un proceso de complementación, no de subordinación y desaparición de las identidades nacionales”.

Nueve años después, continuaba en la misma línea: “Desde las pretendidas usinas del capitalismo mundial nos proponían que la política era la del ajuste permanente, la del bajo consumo, la de la alta tasas de desocupación; y esto se demostró inviable”, sostuvo en 2007 en México y, en consonancia con esto, afirmó meses más tarde en Ecuador: “En un mundo en el que las relaciones internacionales son de subordinación o confrontación, debemos ofrecer el ejemplo de relaciones de complementación para el desarrollo y el crecimiento”.

Sin embargo, su pensamiento no sólo exhibe una cabal comprensión y lucidez en el análisis de la realidad mundial. La crisis de 2001 y la complicada situación en la que la Argentina se vio envuelta recién alumbrado el siglo XXI, ha impuesto la tarea de pensar globalmente pero a partir de las particularidades de la situación nacional. Es por eso que, no bien superado el punto más álgido de aquellos años difíciles, la actual presidenta planteó en ocasión de la cancelación de la deuda con el Fondo Monetario Internacional, que “fundamentalmente, lo que estamos ganando los argentinos es autonomía en el sistema de decisión nacional”, para agregar tiempo después en otro foro que “hay señales de un país que comienza a reconstruirse de sus propias ruinas, pero que además lo hace con el esfuerzo genuino de todos

los argentinos”.

A través de sus palabras se puede apreciar claramente que su meta es una Argentina en la que la redistribución de la riqueza sea una realidad: “trabajo, producción, exportación y consumo son palabras que vuelven a sonar en los oídos de los argentinos. Ese es el proyecto, ese es el camino”, toda vez que “gobernar y gestionar es hacerse cargo de mejorar la calidad de vida de la gente, (...) no renunciar a las convicciones, creer en nosotros mismos y defender los intereses del pueblo”.

El texto también muestra a todas luces su profundo compromiso con la democracia y la vigencia de los derechos humanos. En ocasión del tratamiento de la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, dijo: “es necesario que en nuestro país pueda saberse de una vez por todas que aquellos que violan la ley y los principios básicos de la convivencia de la sociedad civilizada, serán castigados. (...) El núcleo duro de la defensa de los derechos humanos es aceptar al otro tal cual es, garantizar que pueda expresarse en tanto y en cuanto lo haga dentro de los marcos que le fijan la ley y la Constitución”.

Los fragmentos de la obra que hemos compartido en estas pocas líneas, nos permiten delinear, a grandes rasgos, los conceptos básicos que guían el pensamiento y la acción de la primera mandataria argentina, quien además realiza, en coincidencia con la cosmovisión que reflejan sus discursos, una permanente reivindicación de género, en un particular y positivo momento en el que las mujeres van ocupando los espacios de poder político que se merecen y que, salvo excepciones, históricamente les han sido negados.

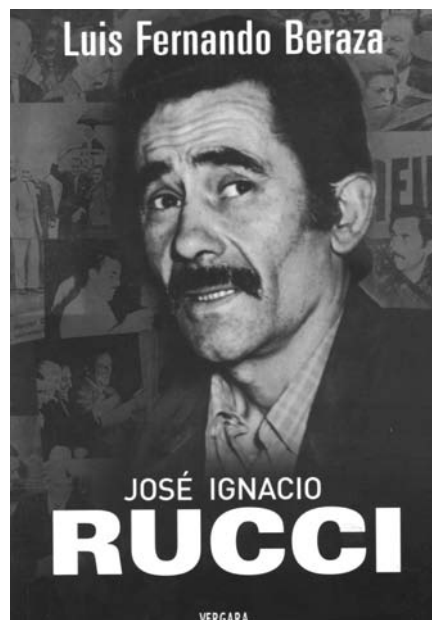
Pensando en la Argentina es mucho más que una compilación de discursos que cristalizan una determinada semántica política: se convertirá sin dudas en un libro insoslayable y de consulta permanente para analistas, historiadores, dirigentes y todos aquellos ciudadanos y ciudadanas que deseen comprender en profundidad el pensamiento de quien hoy dirige los destinos del país.

*Jorge Drkos*

Luis Fernando Beraza

## José Ignacio Rucci

*Buenos Aires, Vergara, 2007, 304 páginas*



Un libro necesario. No es la figura de José Ignacio Rucci una de las más solicitadas por los biógrafos, ni siquiera por los especializados en el peronismo. Saludamos la iniciativa de Luis Fernando Beraza, el historiador, quien ha tomado su trabajo con profundidad y compromiso, basta con leer la bibliografía y fuentes citadas al final del libro.

Este desinterés de muchos historiadores tiene relación quizá con una valoración no sólo de la figura de Rucci, sino con una opinión sobre el sindicalismo en general y sus dirigentes en particular. Este libro se convierte en singular, en la medida que da cuenta de las contradicciones internas que había y hay en ese supuesto bloque que es el sindicalismo. Y que históricamente muchos intelectuales han descalificado, porque es complejo pensar y analizar la organización de los trabajadores con una mirada no prejuiciosa.

El boyero de Alcorta, el mozo de bar, el tornero de Ubertini, el delegado pelear de CATITA, el fundador de las 62 Organizaciones, el orador del acto histórico del Luna Park, el que fue preso con Frondizi, el relegado de Vandor, el duro organizador de la Seccional San Nicolás de la UOM, el Secretario General de la CGT... de todas esas etapas de la vida de Rucci da cuenta esta biografía, que además tiene un ritmo cuasi novelado, sencillo, pero aunque sepamos el final, nos impulsa a llegar hasta la última página. Ha investigado los orígenes de la familia Rucci y nos va mostrando las diversas vicisitudes que finalmente lo

traen a la Capital.

Era necesario ubicar a este dirigente sindical en el lugar correcto que ocupó dentro del tablero de posiciones del sindicalismo, en aquellos años de proscripciones y persecuciones desencadenadas a partir de 1955: su adhesión al peronismo, su posterior inclusión como delegado gremial y su transformación en un cuadro político que, al igual que Framini, se sentía más leal a Perón que a su propia organización gremial, en este caso la UOM. No tenía una mirada meramente economicista del movimiento obrero, sino política. En su concepción estratégica no era posible plantearse la liberación sin la vuelta incondicional de Perón a la patria.

Esto va mostrando la contradictoria relación entre Rucci y Lorenzo Miguel. Los enfrentamientos del biografiado con Paladino, uno de los delegados de Perón; la repulsa de los negociadores del sindicalismo —sectores sindicales no peronistas— hacia este hombre por su intransigente lealtad a Perón. A todo esto sumaba una clara actitud de defensa de los trabajadores, siendo en ese sentido un dirigente reconocido por los mismos.

Un hombre que pensaba que la caída de Perón se debió en 1955 a una revancha de los ricos contra los humildes, que profesaba valores simples, pero que demostró siempre una gran inteligencia.

Esta biografía pone especial acento en destacar sus conductas solidarias en el difícil momento en que le tocó actuar como Secretario General de la CGT. Dice el autor: “esta actividad a favor de la libertad de los presos políticos Rucci la practicaba sin tener en cuenta el color político, puesto que creía que ése era su deber como Secretario General. En tal sentido, pidió más adelante por gente tan diferente como Raimundo Ongaro, el ex miembro del Operativo Cóndor en Malvinas Ricardo Ahe, y un dato poco conocido, por Enrique Gorriarán Merlo, del PRT-ERP”. Las balas se entrecruzaban, los atentados se multiplicaban, así como la represión a grandes e importantes luchas (cordobazo, huelgas, etcétera). Comienzan los primeros ensayos de lo que después se convertiría en un método aplicado a miles de hombres y mujeres: “las desapariciones”, esta “guerra sucia” como fue llamada entonces, fue condenada por la CGT encabezada por Rucci. Lo demostró ante la desaparición del matrimonio Juan Pablo Mestre y Mirta Missetich. El cadáver del hombre aparece y la segunda nunca fue hallada. La repulsa del comunicado firmado por Rucci es contundente. Lo mismo hizo ante el cierre, por parte del Ministro de Trabajo de Lanusse, de los sindicatos clasistas de SITRAC-SITRAM. Así como apoyaría a la CGT mendocina durante el llamado mendozaso, recibiendo las críticas de los sectores más ortodoxos y dialoguistas, Rucci razonaba como un obrero peronista y no precisamente como un burócrata. Es lo que el autor perma-

nentemente se preocupa en documentar en el relato de sus conductas como dirigente sindical.

También señala Beraza que, previamente al golpe de Pinochet, Rucci envió un telegrama de apoyo al gobierno de Salvador Allende, por la defensa del orden constitucional contra el paro salvaje de los camioneros chilenos. Algunos lo criticaron por las ideas marxistas del entonces presidente chileno, que rechazó diciendo “nosotros apoyamos el orden constitucional”.

Luego vino el triunfo de la fórmula Perón-Perón, el 23 de Setiembre de 1973, con el 62% de los votos. Es más que interesante y elocuente el mensaje de Rucci, en nombre de la CGT, que a través del programa “la noche de los compañeros” salió al aire por Radio Argentina.

En ese comunicado reiteraba que esta elección había confirmado el respaldo popular a Perón y “el reinicio de la revolución justicialista interrumpida en 1955”, y reproducía sus concepciones sobre aquel golpe de Estado. Repite su confianza en el peronismo y en las posibilidades de la unidad bajo la conducción del general Perón, plebiscitado a través del voto popular. De allí estas afirmaciones: “las urnas del 23 de Setiembre han servido para apoyar la unidad nacional. La reconstrucción de la patria es una tarea común para todos los argentinos, sin sectarismos ni exclusiones. La liberación será el destino que habremos de conquistar, con patriotismo, sin egoísmo, abiertos mentalmente a una sociedad nueva, para una vida más justa, para un mundo mejor”. Estas eran sus convicciones, unos pocos días después será asesinado en la puerta de su casa. Ese sueño de unidad era en aquellos momentos quizá una quimera.

El capítulo donde se reconstruye la organización y la ejecución del asesinato del Secretario General de la CGT está escrito con mucho dramatismo. La confusión que este hecho produjo, el que nadie claramente se adjudicara esta muerte, los interrogantes que la misma dejó. El dolor de Perón, que a pesar de su mala salud concurrió al velatorio, donde le dijo a su esposa, Coca: “me mataron al hijo, señora. Me cortaron el brazo derecho”.

El libro además tiene un Epílogo, donde Beraza afirma: “con el asesinato de Rucci, Perón abortó cualquier idea de otorgar a los montoneros algún espacio de poder, y ya como presidente decidió enviar al Congreso la reforma del Código Penal contra los delitos de carácter político”, y agrega: “por todo lo expresado en este trabajo consideramos que la muerte de Rucci no fue una más. Marcó un antes y un después, el verdadero prelude de la tragedia de los argentinos”. Entendemos que en esto el autor no se equivoca.

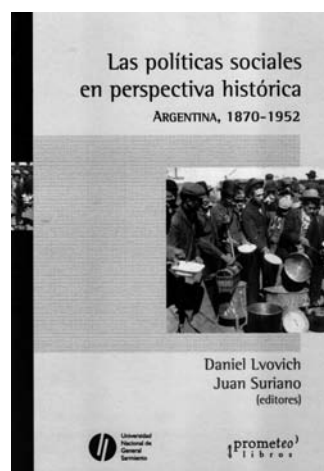
Beraza nos cuenta con rigor documental la vida y la muerte de este militante obrero, leal a sus convicciones y poco dado a las intrigas de la política.

*Leticia Manauta*

Daniel Lvovich y Juan Suriano (editores)

## Las políticas sociales en perspectiva histórica Argentina, 1870–1952

Buenos Aires, Prometeo–UNGS, 2006, 229 páginas



El libro editado por Daniel Lvovich y Juan Suriano vuelve la mirada sobre las políticas sociales del “pasado” e interviene en el desarrollo del campo de la historiografía a través de la recopilación de distintas contribuciones referidas a la construcción de políticas sociales en Argentina, en el período de ocho décadas que se recorre entre los años 1870 y 1950.

La estructura de la publicación se encuentra dividida en dos bloques y cada uno de ellos presenta cuatro contribuciones de diferentes autores. El primer bloque se titula: “Género, minoridad y legislación social entre dos siglos” y reúne trabajos vinculados con dichas áreas temáticas entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

En la primera contribución, “El Estado y el trabajo femenino: el Departamento Nacional del Trabajo”, la doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigadora del PEHESA–Instituto Ravnani y del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Mirta Zaida Lobato, analiza el trabajo femenino y examina el modo en que el Departamento Nacional del Trabajo realizó sus investigaciones sobre el tema. Con su aporte, intenta revertir la tendencia tradicional de los historiadores de explicar la reforma social y política desde el género masculino e incorpora prácticas de algunas mujeres y asociaciones que tuvieron un papel esencial en el diseño de políticas públicas.

El segundo trabajo del bloque, “Prolegómenos de la legislación social argentina: la obra de Juan Bialet Massé”, presentado por la investigadora del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario, Agustina Prieto, refleja las ideas que dieron fundamento al proyecto redactado por Juan Massé en el año 1902, en relación a la ordenanza reglamentaria del servicio obrero y doméstico de acuerdo con la legislación y tradiciones de la República Argentina. La autora realiza el análisis de este proyecto en el marco del estudio de las intervenciones públicas de Massé que precedieron al conocido informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República.

En el tercer trabajo, “¿Es realmente una colonia? ¿Es una escuela? ¿Qué es? Debates parlamentarios sobre la creación de instituciones para menores en la

Argentina, 1875–1890”, la becaria doctoral del CONICET, María Carolina Zapiola, aborda la problemática social de la infancia cuestionando el consenso que ubica el comienzo de la preocupación por los menores en la década de 1890. La autora sostiene que la formulación de proyectos precedió ampliamente esa fecha y lo constata a partir del análisis de los proyectos de ley que proponían modalidades de intervención estatal sobre los menores, presentados ante el Congreso de la Nación entre 1875 y 1890.

El último trabajo de este primer bloque también se refiere a la problemática de la infancia y corresponde a la investigadora y profesora de la Universidad de Buenos Aires, María Marta Aversa. El mismo lleva por título: “Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al patronato público 1910–1931”, y en él la autora desarrolla los modos en que la cuestión social de la infancia abandonada y delincuente fue estudiada según los parámetros del positivismo finisecular e incorporada por las clases dirigentes a una trama en la que se apuntaba tanto a desactivar su potencial peligrosidad social y política cuanto a su transformación en futuros trabajadores y ciudadanos.

El segundo bloque, “Salud y seguridad social: orígenes y legados”, contiene otras cuatro contribuciones que están referidas al segundo cuarto del siglo XX. En el primer trabajo: “¿Estado social o Estado de compromiso? Agotamiento, crisis y reformulación de las instituciones de atención médica. Argentina 1920–1945”, la investigadora del Consejo de Investigaciones de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Susana Belmartino, analiza desde una perspectiva neo-institucionalista las transformaciones del sector salud y el agotamiento de las formas institucionales vigentes hacia 1920, y la génesis de las nuevas instituciones que se plasmarían a partir de 1940. En su trabajo, reconstruye los debates que tuvieron lugar y los procesos por los que algunas perspectivas se sostuvieron y otras fueron abandonadas.

Uno de los editores del libro e investigador adjunto del CONICET, Daniel Lvovich, presenta la segunda contribución del bloque, “Sindicatos y empresarios

frente al problema de la seguridad social en los albores del peronismo”, en la que reconstruye la coyuntura de fines de la década de 1930 y comienzos de la década de 1940, con el propósito de cuestionar las explicaciones que atribuyen a los comportamientos del movimiento obrero la responsabilidad por la conformación de un sistema fragmentario de seguridad social en Argentina.

El autor, después de analizar las posturas de los actores empresariales y sindicales de la época, sostiene que el carácter fragmentario del sistema naciente resultó de la plasmación dificultosa de uno de los muchos proyectos disponibles, resultado del compromiso entre los sectores involucrados.

En “Las voces que cuestionaron la política sanitaria del peronismo 1946–1949”, la jefa de trabajos prácticos del Departamento de Humanidades Médicas de la Facultad de Medicina (UBA), Karina Inés Ramacciotti, cuestiona las explicaciones tradicionales sobre la pérdida de dinamismo del Ministerio de Salud a comienzos de la década del año 1950. Ramacciotti entiende que buena parte de la literatura especializada visualizó la formulación del plan sanitario del peronismo como un todo homogéneo, frente a lo que propone una perspectiva más sensible a las tensiones y conflictos que estuvieron presentes en la implementación de aquellas medidas sanitarias. Aborda para ello el tratamiento de las voces que criticaron aspectos de la política sanitaria del peronismo, considerando que pudieron haber incidido sobre las mismas, provocando reorientaciones y cambios de rumbo.

El último trabajo de la publicación, “Las organizaciones internacionales y las recomendaciones de política de seguridad social para América Latina: el caso de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social”, de la investigadora y miembro del consejo científico del Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Patricia Flier, analiza el desarrollo de las Conferencias Interamericanas de Seguridad Social en las décadas de 1940 y 1950 y las recomendaciones de políticas producidas en sus distintas reuniones. En ese contexto, la autora considera los impactos diferenciales producidos en las políticas de seguridad social desarrolladas en distintos estados latinoamericanos en las décadas subsiguientes.

La re-edición del libro y las contribuciones descriptas nos invitan a retomar el estudio y la reflexión de las políticas sociales en Argentina desde una perspectiva histórica. La indagación propuesta sobre los orígenes y el desarrollo de las políticas sociales resulta clave para encarar la problemática social en la coyuntura actual del país.

A este respecto debemos revalidar las palabras de Juan Domingo Perón cuando sostuvo: “un pueblo que

olvida su pasado destruye la proyección de su destino”.

En este sentido, el ejercicio historiográfico que nos plantean los editores y los distintos autores permitirá a los lectores adentrarse en la historia de las políticas sociales a nivel estatal. Asimismo, se constituye como un incentivo para los científicos sociales y gestores de políticas públicas, ya que coloca en la palestra nuevos temas e interrogantes sobre la cuestión social con el fin de definir estrategias y una agenda de política social enmarcada desde una perspectiva histórica que contribuya a la comprensión de la realidad social actual.

Gabriela Agosto

“No se ha destruido la fuerza del futuro: lo que ocurre es que éste ya no es ideológico-político, sino que se sustenta en la dinámica técnica y científica. Cuanto más se instala la época en el culto democrático elevado a nuevo absoluto, más idean los laboratorios un porvenir diferente y se esfuerzan por producir un universo de ciencia ficción, más increíble que la propia ficción. (...) La impotencia para imaginar el futuro crece en conformidad con la superpotencia tecnocientífica para transformar radicalmente el después: la fiebre del tiempo breve no es sino uno de los aspectos de la civilización futurista hipermoderna. (...)”

El pasado ya no es socialmente fundador o estructurador; está reorganizado, reciclado, adaptado al gusto actual, explotado con fines comerciales. La tradición no invita a la repetición, a la fidelidad y recuperación de lo que se ha hecho siempre: se ha convertido en producto de consumo nostálgico o folklórico, en un guiño al pasado, en *objeto-moda*. Antes regulaba institucionalmente el todo colectivo, pero su valor actual sólo es ya estético, emocional y lúdico. Lo antiguo podrá despertar entusiasmos, pero ya no tiene poder para organizar colectivamente los comportamientos. El pasado nos seduce, pero el presente y sus normas cambiantes nos gobiernan. Cuando más se evoca y se pone en escena la memoria histórica, menos estructura ésta los elementos de la vida corriente. De ahí ese rasgo característico de la sociedad hipermoderna: celebramos lo que ya no queremos tomar como ejemplo”.

Gilles Lipovetsky: *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona, Anagrama, 2006.

Juan Domingo Perón

## La unión sudamericana

Recopilado por Hugo Chumbita

Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2006, 155 páginas

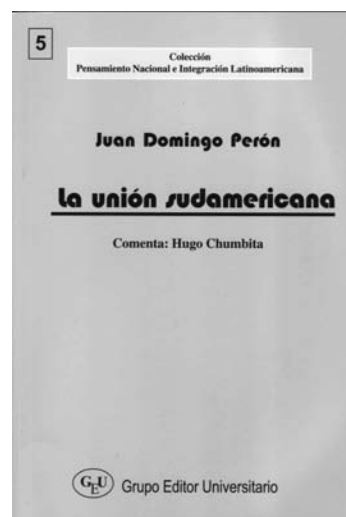
Juan Domingo Perón fue un decidido impulsor de la unión del continente sudamericano, tanto en su prédica doctrinaria como en su acción de gobierno. Su *doctrina justicialista* definía una “tercera posición” en el plano internacional, postulando un sistema diferente a los modelos sociopolíticos en pugna, y planteó la integración de los países sudamericanos como alternativa a la dominación imperialista. Durante su gobierno, esta política se concretó a través de una serie de tratados precursores.

En los años de exilio fue actualizando su visión del escenario internacional y propugnó la solidaridad de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Al volver al poder, retomó las iniciativas de integración desde el Cono Sur y cuestionó las consecuencias ecológicas de la civilización tecnocrática, señalando la necesidad de un nuevo orden mundial.

Perón compartía las propuestas de unión hispanoamericana que habían formulado diversos autores de formación nacionalista y socialista. Uno de sus más reconocidos exponentes, Manuel Ugarte, fue embajador de su gobierno en México, y luego en Nicaragua y Cuba. En 1946 Perón intentó acordar una unión aduanera con Chile, cuando presidía ese país el general González Videla.

A pesar del cerco hostil promovido por las agencias norteamericanas y la Internacional comunista, el peronismo repercutió en otros países del continente. Existían evidentes afinidades con fuerzas políticas como el *trabalhismo* brasileño de Getulio Vargas, y Perón encontró un firme aliado en el general chileno Ibáñez del Campo. También existieron notorias coincidencias con la Revolución boliviana liderada por Paz Estenssoro y con los movimientos de Rojas Pinilla en Colombia y Velasco Ibarra en Ecuador.

Entre 1951 y 1952, Perón publicó una serie de artículos en el diario *Democracia*, firmados con el seudónimo Descartes, que versaban sobre temas del escenario internacional y se editaron luego como libro, bajo el título *Política y estrategia*. En ellos fue desgranando su concepción de la “tercera posición”, a la par que una elocuente denuncia de las maniobras del imperialismo yanqui en América Latina. A partir del artículo “Confederaciones continentales”, de diciembre de



1951, expuso sus propuestas para la integración latinoamericana, retomando la idea de un acuerdo básico entre Argentina, Brasil y Chile (el ABC). En 1915, los tres Estados firmaron un tratado que les asignaba un papel arbitral en las relaciones interamericanas, pero las circunstancias en las cuales el gobierno de Estados Unidos lo auspició, para que mediaran en un conflicto con México, tornaba dudosa su finalidad, y el presidente Yrigoyen bloqueó su ratificación por el Congreso. En el momento en que Perón reflató esta iniciativa con sus colegas de Brasil y Chile, el contexto era diferente y el gobierno norteamericano lo percibió como un desafío a sus intereses.

Perón viajó a Chile en 1953 y firmó con el presidente Ibáñez la Declaración de Santiago, a la cual siguió el Tratado de Unión Económica Argentino-Chilena. Pero las gestiones para acordar lo mismo con Brasil fueron frenados por la oposición que jaqueaba por aquellos días al presidente Vargas.

En noviembre de 1953 Perón pronunció un discurso en la Escuela Nacional de Guerra, en el que revelaba los entretelones de sus gestiones por el ABC. Impreso en un folleto “reservado”, el texto llegó a manos de algunos opositores en Montevideo y fue difundido como evidencia del “imperialismo argentino”. Perón lo transcribió en su libro *La hora de los pueblos* [1968], fallecidos ya Ibáñez y Vargas, como testimonio de sus esfuerzos para lograr la unión sudamericana.

En los meses siguientes se concretaron los tratados de unión económica con Paraguay, Ecuador, Nicaragua y Bolivia. El gobierno argentino impulsó también la organización de una central obrera latinoamericana (el ATLAS), antagónica a la ORIT que financiaban los norteamericanos.

En la Argentina, la industria sustitutiva de importaciones tropezaba con el techo de la dependencia tecnológica y la hostilidad de los Estados Unidos. Aunque las empresas estatales argentinas habían logrado extraer carbón, producir acero, fabricar automotores y aviones, seguían importando hidrocarburos. Perón intentó mejorar las relaciones con la administración de Eisenhower, buscando crear un clima favorable para

atraer inversiones en la explotación petrolera, que no llegarían a concretarse.

La complementación económica de los países del Cono Sur era una necesidad para el desarrollo industrial, a fin de ampliar los mercados locales y aumentar la escala de producción, y Perón veía que la alianza con Brasil era decisiva para conformar “un núcleo básico de aglutinación”. Según ha señalado Methol Ferré, “sólo hay política latinoamericana real a partir de la alianza argentino-brasilera... Y esa comprensión hizo de Perón el refundador de la política latinoamericana en el siglo XX. Planteó el único camino real de una modernización e industrialización latinoamericana de bases endógenas dinámicas”.

Desalojado del poder por el golpe militar de 1955, Perón intentó radicarse en varios países latinoamericanos –Paraguay, Panamá, Venezuela, República Dominicana–, pero el hostigamiento de sus enemigos le obligó a buscar asilo en España.

Durante diecisiete años, a pesar de la proscripción y la censura, su figura mantuvo las expectativas de sus partidarios y alentó la resistencia del movimiento obrero.

Los ensayos de diversos autores revisionistas, como Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos y José María Rosa, influyeron en esta etapa del movimiento peronista, concibiendo una continuidad en las luchas por la soberanía nacional y popular en el horizonte de la unión sudamericana. El mismo Perón elaboró una síntesis de la historia argentina que rescataba el sentido americanista de la revolución emancipadora y de las guerras federales contra el centralismo porteño, que había provocado el desmembramiento de las regiones del virreinato del Plata y fundó el predominio de la oligarquía asociada al neocolonialismo británico. Según esta visión, el yrigoyenismo continuó la lucha de los federales logrando un cambio democrático, aunque no alteró las bases del modelo liberal, y su defeción había cedido el paso al peronismo en la defensa del programa nacional-popular y latinoamericanista [Eugenio P. Rom, *Así hablaba Juan Perón*, Peña Lillo, 1980].

En el período del exilio Perón publicó varios libros, innumerables cartas y mensajes. En 1968, su texto *La hora de los pueblos* desarrolló una acusación frontal a la política imperialista de los Estados Unidos y reformuló los objetivos de la unidad sudamericana. Saludó las definiciones del general De Gaulle en Francia y de Mao Tse Tung en China, que se apartaban de la tutela de las dos potencias hegemónicas y abrían un espacio de confluencia a los países “terceristas”. Elaboró asimismo una “actualización doctrinaria para la toma del poder” que propugnaba el *socialismo nacional*, definiendo su causa como un movimiento de liberación nacional y justificando la lucha armada contra la dictadura militar.

Convertido en el árbitro de la política nacional y reivindicado hasta por sus antiguos opositores, Perón retor-

nó al país en 1973 junto a su tercera esposa, María Estela “Isabel” Martínez, quien lo acompañó en la fórmula para acceder nuevamente a la presidencia.

Siendo ya presidente electo, dirigió un mensaje a la IV Conferencia Cumbre de Países No Alineados, que se realizó en septiembre de 1973 en Argel. En el mismo, Perón manifestó su solidaridad con ese nucleamiento que marcaba una postura disidente frente a los imperialismos y expuso su cuestionamiento a la civilización tecnológica del capitalismo occidental, reclamando una “revolución mental” para construir una nueva sociedad en armonía con el medio ambiente, modificando las estructuras productivas basadas en el lucro y el despilfarro y proponiendo la cooperación internacional para realizar una verdadera justicia social.

Perón desautorizó las consignas “socialistas” de la juventud radicalizada, apoyándose en los sindicatos, y comenzó a realizar un gobierno de reencuentro democrático y concertación nacional, cuya política exterior priorizaba un camino de acuerdos con los países latinoamericanos.

Al inaugurar las sesiones del Congreso, el 1° de mayo de 1974, presentó un texto que sería su testamento doctrinario, el *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*, en el cual reordenaba los conceptos elaborados a lo largo de sus treinta años de vida pública y volvía a señalar el objetivo de la integración de los países del continente sudamericano como paso necesario hacia la era de la integración universal.

Estas ideas fueron también motivo de su exposición ante la VI Conferencia de Cancilleres de la Cuenca del Plata realizada en Buenos Aires. El acercamiento entre los países del Cono Sur y sus trabajos comunes constituyeron un precedente de los acuerdos que cristalizarían más adelante en el Mercosur.

Entretanto, violentas contradicciones entre izquierda y derecha en el seno del movimiento peronista enturbiaban el escenario político, a la vez que los golpes de Estado en Chile y Uruguay advertían sobre los designios del imperialismo norteamericano en la región.

Perón formuló su interpretación del proceso histórico en un tiempo signado por la “guerra fría” entre las potencias imperialistas, y concibió la realización de la Nación Argentina en el marco de la integración sudamericana.

Su pensamiento, moldeado en la disciplina del estrategia militar, tendía a plantear con crudeza los antagonismos y organizar la lucha de los pueblos. A la vez, su sabiduría política consistía en un razonado realismo, antitético con cualquier dogmatismo, según él expuso en sus clases de la Escuela Superior Peronista.

Esta visión tenía una íntima correspondencia con los dilemas de la identidad mestiza de los países sudamericanos. Formado en la ilustración clásica europea, pero a la vez sensible a las expresiones populares del espíritu

americano, que sin duda trascienden las fronteras de los Estados en que fue dividido el continente, Perón concebía adaptar los mejores logros de la civilización occidental para construir una sociedad más justa, arraigada en las tradiciones culturales autóctonas.

Sin embargo, la recurrente paradoja en su ambición de “construir la nación” fue producir irreconciliables divisiones: la política social de solidaridad con las clases postergadas ahondó una fractura secular en la sociedad argentina, y la búsqueda de la unión sudamericana agudizó el enfrentamiento con el imperialismo norteamericano.

El proyecto justicialista de independencia nacional rompía con un siglo de sumisión a las reglas del capitalismo mundial y enfrentaba a la vez el aparato ideológico del comunismo. La irrupción del peronismo suscitó escándalo en la prensa liberal, la diplomacia y la opinión pública occidental, a la par que era hostilizado por el sindicalismo internacional y la intelectualidad de izquierda. La incompreensión en el exterior, derivada tanto de la “excentricidad” del movimiento como de la leyenda negra que propalaron sus enemigos, conspiró también contra sus propuestas de unión continental. Perón y el peronismo no encajaban en los cánones de la teoría política clásica, y su categorización fue materia de ardua disputa ideológica. Se lo calificó de “fascismo de izquierda” (S. M. Lipset, Gino Germani) o se dijo que fue el “fascismo posible” en la Argentina (T. Halperín Donghi, José Luis Romero).

Algunas interpretaciones marxistas lo encuadraban en el tipo de la revolución nacional democrático-burguesa o el bonapartismo (Enrique Rivera, Silvio Frondizi, J. Abelardo Ramos). Otros análisis giraron en torno a su conceptualización como populismo, entendiendo a éste como una forma de apelar a la movilización del conjunto del pueblo contra el *establishment* (Ernesto Laclau, J. A. Page, Cristian Buchruker). Hernández Arregui lo definió como “el partido nacional de la clase obrera”.

En las últimas décadas del siglo XX, este movimiento fue duramente golpeado por el terrorismo estatal y sufrió las consecuencias de la desindustrialización consumada por el “Proceso” para debilitar a la clase obrera, a tal punto que, alejándose de las ideas de su fundador, terminó liquidando lo que restaba de su obra material.

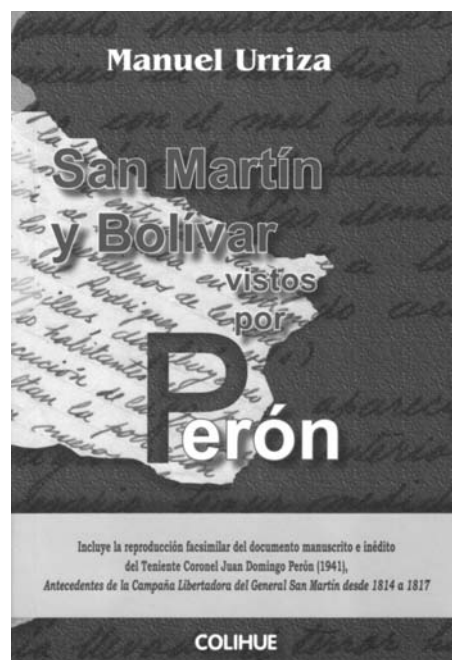
Ello no le restó vigencia a algunos aspectos centrales del pensamiento de Perón, y en particular a su visión americanista, que a menudo ha sido rescatada como fuente desde otras posiciones ideológicas y mantiene gran interés como una contribución original a la conciencia de un destino común en los países de esta parte del mundo.

*(Extracto del comentario de presentación)*  
Hugo Chumbita

Manuel Urriza

## San Martín y Bolívar vistos por Perón

Buenos Aires, Colihue, 2007, 316 páginas



Manuel Urriza presenta un trabajo inédito, con una mirada diferente. Mucho se conoce sobre los escritos de Perón estadista, gestor de una doctrina que cambió el rumbo de nuestro país; sin embargo, este libro pone de manifiesto un Perón interesado por la historia militar, centrándose en dos figuras trascendentes de la Independencia Americana, San Martín y Bolívar.

La admiración de Perón por el Libertador San Martín es bien conocida y así lo relata el autor en el prólogo; claramente, el año 1950 es un reflejo de ello. El año del Libertador es un permanente homenaje de quien fuera presidente de la República al héroe máximo de la Patria y que es reafirmado, para dicha conmemoración, con fuerza por la ley 13.661. Se aspiraba a que la recordación contara con la participación popular a través de las organizaciones sociales, culturales, educativas y políticas.

Perón rescata no sólo la figura de San Martín militar (quizá la más conocida por su destacada actuación); más aún: para él, esta visión es una mirada incompleta, recortada, que no explicaría por sí la magnitud de la trascendencia del Libertador. De tal modo, va a poner su atención en el conjunto de objetivos y valores que impulsaron la vida de San Martín, a los que llamó “la

causa sanmartiniana". Perón separa así los componentes políticos, educativos, militares y éticos, y realiza un análisis filosófico de la causa sanmartiniana.

El autor de este libro, Manuel Urriza, analiza el concepto de pueblo como protagonista de la lucha de la independencia, destacando en particular a las clases más humildes, a raíz de lo cual Perón califica a esa lucha como guerra popular, insurrección popular y revolución popular.

Un capítulo se basa en San Martín, la educación y sus libros, y el siguiente a los vínculos personales entre San Martín y Bolívar, temas que, si bien son conocidos por los interesados en la vida y la obra del Libertador, son un fundamental componente para comprender cabalmente su personalidad.

Este libro se aleja de cuestiones ideológicas más conocidas y se convierte en una aséptica investigación de enorme rigor histórico. Asimismo, recurre a documentación escrita por Perón dentro de un contexto político e ideológico concreto, constituyendo ésta la bibliografía principal. Es también un trabajo respaldado por fuentes nunca antes difundidas y destinado a enriquecer la historiografía argentina: un anexo incluye la reproducción facsimilar del documento manuscrito e inédito del teniente coronel Juan Domingo Perón: *Antecedentes de la Campaña Libertadora del General San Martín desde 1814 a 1817*.

El autor pone el énfasis en un trabajo histórico, dentro de una temática como son la vida y obra de San Martín y Bolívar, donde es difícil escribir algo novedoso. Es justamente la unión de estas destacadas figuras del siglo XIX bajo la mirada de una personalidad del siglo XX, lo que despierta un interés para quienes buscan leer historia fundamentada sobre documentación y no desde la ligera visión novelada, tan de moda.

El texto apuesta a mostrar a Perón desde su faceta de militar interesado por la historia, cuando todavía él no era una de las figuras principales de la misma.

Perón va a coincidir con San Martín en un ideal y es el de la unidad latinoamericana. En este trabajo se refleja que los ideales sanmartinianos y bolivarianos de "integración continental" e "independencia" (concepto que debe entenderse como paradigma de conducta individual y colectiva) son tomados por Perón al momento de construir su *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*. La etapa de continentalismo configura una transición necesaria, los países han de unirse progresivamente sobre la base de la vecindad y sin pequeños imperialismos locales. Esta es la concepción general con respecto a los continentes y, especialmente, la concepción de Argentina para Latinoamérica: justa, abierta, generosa y sobre todas las cosas, sincera.

Debemos actuar unidos para estructurar Latinoamérica dentro del concepto de comunidad orga-

nizada y es preciso contribuir al proceso con toda la visión, la perseverancia y el tesón que hagan falta.

Tenemos que asumir el principio básico que dice: Latinoamérica es de los latinoamericanos.

"Para cumplir plenamente con el programa universalista debemos tener real independencia de decisiones, y ello requiere una Latinoamérica con individualidad propia. Como latinoamericanos, atesoramos una historia tras de nosotros: el futuro no nos perdonaría haberla traicionado. Por otra parte, existen como factores aglutinantes de la comunidad de propósitos, la vocación mundial auténtica y el hecho de que nuestros países alberguen grandes reservas de recursos naturales no reproducibles. No se trata de promover una suerte de revancha histórica. Sólo de usar positivamente y creativamente de los recursos que la historia ha puesto a nuestros países".

Manuel Urriza vuelve a poner en vigencia conceptos fundamentales orientados a reflexionar sobre la integración y la liberación de nuestro continente; en especial, desde un punto de vista cultural. Si la integración es la vía para la universalización respetuosa de las identidades culturales nacionales y si, a su vez, lo cultural-continental es un elemento basal de la integración, no puede haber nada más saludable que nuestro mutuo reconocimiento, para lograr los objetivos que los latinoamericanos busquemos; pues nos permitirá descubrirnos semejantes en lo cultural-continental, lo cual vivificará la identidad unificadora, sustancia raigal que, gracias a lo cultural específico-nacional, no será uniformante.

Urriza invita, de algún modo, a re-escribir la historia de América Latina, tanto para revisar las historias nacionales como para escribir la historia continental.

*María Alicia Timpanaro*

Mariano Barroetaveña, Mara Santoro y otros

## Ideas, política, economía y sociedad en la Argentina (1880–1955)

Buenos Aires, Biblos, 2007, 214 páginas



Si bien no es considerado en sí mismo como objeto de estudio histórico, el período comprendido entre los años 1880 y 1955 indudablemente genera singular interés para las Ciencias Sociales en general y para la Historia en particular.

Este trabajo de compilación de textos aborda dicho período mediante una doble perspectiva. Por un lado, la historiadora Mara Santoro explora en general los procesos políticos, sociales y económicos durante esos años mientras que, en la segunda parte, los restantes autores se enfocan en cuestiones más específicas: la conformación del Estado Nacional, el origen y la formación de la clase obrera, el desarrollo de la industria desde sus inicios hasta la década del 50 y el análisis de los diversos períodos que pueden identificarse en la evolución del nacionalismo.

Como adelantamos, en la primera parte del libro —que dicho sea de paso, explica más de la mitad de sus 214 páginas— Mara Santoro se asoma al período 1880–1955, no sin antes advertir al lector de su especial interés por describir la evolución del Estado y la sociedad durante esos años. Santoro analizará, entre otras cuestiones, cómo estaba organizada institucionalmente la sociedad, cuál era el comportamiento de los actores sociales que controlaban el aparato estatal, qué prácticas eran utilizadas por estos grupos dominantes para sostenerse en el poder e impulsar sus propios proyectos de desarrollo, y además, cuál fue la actitud de los marginados del poder y cuáles fueron los hitos fundamentales de la lucha por su incorporación en la toma de decisión gubernamental. En forma paralela, describirá los cambios y transformaciones sociales y las consecuencias operadas en la sociedad a partir de los mismos.

Dentro de esta primera parte, Santoro describirá y analizará las causas y consecuencias del advenimiento de la política de masas y la llegada de Perón al poder.

En este sentido, resulta interesante volver a ver reflejadas las distintas posiciones historiográficas en torno a la mayor o menor independencia del Partido Justicialista y del movimiento sindical respecto de la figura del general Perón, su indiscutible líder.

Y es que la autora, tal vez sin proponérselo, al reflejar dicho debate historiográfico relativiza los lugares

comunes que suele recorrer la opinión histórica sacralizada, desafiando los postulados instalados por historiadores y politólogos tales como Félix Luna y Marcelo Cavarozzi para los cuales el Partido Justicialista era, por aquellos años, un mero apéndice del Estado y del régimen peronista.

Para justipreciar la posición del por aquellos años flamante Partido Justicialista, Mara Santoro introduce al debate a Moira Mackinnon quien, a mediados de los 90, revisa el papel jugado por el PJ en los albores de su nacimiento y concluye que desde su inicio estuvo dotado de gran vitalidad y que en él se desarrollaron fuertes e intensos debates y luchas políticas. Por otra parte, Mackinnon reconoce que, en consecuencia, en forma opuesta a lo que muchos otros historiadores suelen sostener, el proceso de encuadramiento partidario no se produjo de manera rápida y eficaz como consecuencia del liderazgo supuestamente verticalista y autoritario ejercido por Perón, sino que, más bien, este encuadramiento fue producto de un progresivo reconocimiento de la centralidad política de la figura de quien fuera el fundador del Partido Justicialista.

Por otra parte, tanto Mara Santoro como Guillermo Parson, después, consideran que si bien existía un gran reconocimiento a la figura de Perón por parte de los dirigentes sindicales, la relación entre ambos no siempre fue idílica y armoniosa. Por el contrario, pese a lo que se sostiene habitualmente, la relación con el aparato sindical estuvo sujeta a permanentes renegociaciones que le depararían a Perón “más de un dolor de cabeza”. La segunda parte de este libro, la que congrega los trabajos más focalizados, se titula “Algunos grandes temas de la historia argentina: formación del Estado, movimiento obrero, industria y nacionalismo”.

El primero de los trabajos presentados en esta parte fue elaborado por Hernán Rosal, quien elabora una brevísima descripción y análisis de la formación del Estado nacional y su integración al mercado mundial mediante el ya conocido —y aparentemente recurrente— modelo agroexportador.

Seguidamente, Guillermo Parson analizará el pro-

ceso de formación de la clase obrera argentina, para lo cual revisará analíticamente algunos de los hitos fundamentales de este proceso, desde la emergencia de las primeras organizaciones obreras a mediados del siglo XIX en la provincia de Buenos Aires hasta la consolidación del sindicalismo y la clase obrera durante el primer peronismo. La intención del sucinto pero interesante trabajo de Parson es señalar que, a diferencia de lo que postulan algunos autores, la clase obrera argentina no se constituye finalmente con el peronismo sino, más bien, mucho antes de que éste abrace el poder.

Para Parson el reconocimiento histórico de la clase obrera se remonta a una serie de acontecimientos fundamentales que, en su sucesión, fueron forjando y configurando el perfil del obrero argentino con anterioridad a que Perón acceda al poder e incorpore definitivamente a los trabajadores a la vida política nacional.

A su turno, Viviana Román describirá brevemente el proceso de desarrollo industrial de nuestro país, desde los primeros pasos dados en ese sentido, pasando por su evolución durante la Gran Guerra y la década del 30, y hasta los primeros dos gobiernos del general Perón.

El fomento de la industrialización del país se convierte en política de Estado recién a partir de la década del 40 del siglo XX. Prueba de ello fue el marco regulatorio general del sector industrial implementado por el peronismo, las instituciones creadas en vinculación con el impulso al sector industrial y la elaboración y puesta en marcha de los dos planes quinquenales.

Finalizando el texto, Mariano Barroetaveña —con la colaboración de Carlos Artola— describe y analiza las distintas etapas del nacionalismo argentino y la relación del nacionalismo con el peronismo a partir del año 1943 hasta 1955. Tanto por su extensión como por su calidad, esta intervención no merece mayores comentarios de mi parte.

Como es sabido, toda obra escrita, por modesta que sea, ambiciona la inmortalidad. Este interés es autónomo e independiente de la intención de sus autores. Sin embargo, la inmortalidad literaria está reservada sólo para algunas pocas obras y algunos pocos hombres. En este caso, claramente nos enfrentamos a un nuevo intento fallido por alcanzarla.

Las compilaciones que aspiren a permanecer en algún anaquel destacado de las bibliotecas y librerías deben sortear con éxito algunos riesgos que les son inherentes. La ausencia de un indispensable prólogo que haga explícita la intencionalidad del conjunto de la obra y explique la forma en que los trabajos se conectan entre sí da lugar a la emergencia de razonables dudas sobre la finalidad y unidad conceptual del texto.

Igualmente, hay que decirlo, cada uno de los aportes incluidos resultan finalmente valiosos, algunos más

y otros menos. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que la falta de un hilo conductor que hilvane las contribuciones de los distintos autores y la notable disparidad cuali-cuantitativa de los trabajos que contiene hace pensar que la difícil tarea de compilación se vio reducida, en esta oportunidad, al mero rejunte.

*Fernando Duarte*

“*Populismo*. Se pretende situar bajo este término todas las formas de secesión respecto del consenso dominante, sea que respondan a la afirmación democrática o a los fanatismos raciales o religiosos. Y al conjunto así constituido se pretende asignarle un único principio: la ignorancia de los atrasados, el apego al pasado, sea el de las conquistas sociales, el de los ideales revolucionarios o el de la religión de los ancestros. Populismo es el nombre cómodo bajo el cual se disimula la exacerbada contradicción entre legitimidad popular y legitimidad erudita, la dificultad del gobierno de la ciencia para conciliarse con las manifestaciones de la democracia y hasta con la forma mixta del sistema representativo. Este nombre oculta y revela a la vez la gran aspiración de la oligarquía: gobernar sin pueblo, es decir, sin división del pueblo; gobernar sin política. Y permite al gobierno erudito exorcizar la vieja aporía: ¿cómo puede la ciencia gobernar a los que no entienden?”

Jacques Ranciere: *El odio a la democracia*. Buenos Aires, Amorrortu, 2007.

# El costo de la capacitación

Mariano Fontela

Una democracia sin partidos políticos sólidos es una democracia débil. En esto coinciden con énfasis la mayor parte de las corrientes del pensamiento democrático. Pero el funcionamiento de los partidos tiene sus costos, y ahí el consenso afloja. Por ejemplo, para un chacarero, ¿qué sentido tiene contribuir al sueldo o la capacitación de un diputado opositor que ni siquiera va a votar las leyes porque está en minoría?

Buena parte de la fragilidad de los partidos argentinos se debe a que son antropomorfos: no tienen una doctrina actualizada que articule sus principios con una práctica política concreta, y en su reemplazo se han instalado rostros sonrientes, que tejen alianzas personales y diseñan perfiles publicitarios. Al exhibir su ideología y su trayectoria, nos ahorran esas aburridas plataformas electorales.

Debatir proyectos, contrastarlos con los ideales que se postulan, argumentar en términos de valores y principios... todo quedó arrumbado en el rincón de los zapatos pasados de moda. Lo único que debe averiguar un militante es con quién alinearse, de quiénes aprenderse sobrenombres y cumpleaños, o a quién dejar de saludar en forma untuosa de un día para el otro. Para este tipo de agrupaciones, la capacitación es un artificio inútil. En todo caso, lo único que se requiere es armar "equipos" para la gestión de quien triunfe.

La Constitución Nacional sin embargo establece que el Estado debe contribuir a la capacitación de dirigentes, aunque el cumplimiento de esta prescripción ha sido muy pobre. En 1999 se sancionó un decreto que establecía que el 20% de lo que se asignaba a los partidos debía "destinarse a la investigación y capacitación de sus dirigentes". El Ministerio del Interior retendría esos fondos hasta tanto los partidos informaran cuál era su instituto de capacitación, y el dinero debía ser girado directamente a éste sin pasar por los partidos. Excelente. Pero sólo 100 días más tarde, un nuevo decreto del flamante gobierno de la Alianza desvirtuó vergonzosamente su sentido: hoy basta que en sus rendiciones de gastos los partidos acrediten que el 20% "de los fondos utilizados fueron destinados a la investigación o capacitación de sus dirigentes". La reciente ley de Financiamiento de los Partidos Políticos establece

además que un 30% de este monto debe asignarse a menores de 30 años.

En consecuencia, los partidos tendrían que destinar más de tres millones de pesos durante este año para capacitación e investigación; un millón para los jóvenes. Si el decreto de De la Rúa se derogara, esa plata podría servir para algo. No es mucho, pero la base está.

Ahora bien, el tema no sólo es cuánto, sino para qué. Es nula la demanda de los jóvenes por recibir clases de lectura de textos viejos, que es lo primero que se tiende a hacer. Eso podría servir para definir una identidad, pero no para proyectar una fuerza política hacia el futuro. Tampoco tendría sentido dictar clases de gestión: ya hay institutos de administración pública, y no es cuestión de competir con las universidades en la formación de futuros funcionarios. Unos y otras insumen bastante más que tres palitos.

Lo que no abundan son los espacios de capacitación y debate sobre ideas políticas. En la Argentina, ninguno de los partidos principales tiene documentos importantes donde se actualice razonablemente su doctrina. En consonancia con esto, buena parte de los dirigentes entienden por capacitación un procedimiento barato de movilización de militantes, deseable siempre y cuando se les garantice que no vayan a surgir cuestionamientos a su liderazgo.

Pero la capacitación política no es sólo un aprendizaje de técnicas, ni mucho menos la lectura de un manual ajado. Es más bien la creación de una perspectiva política desde la cual valorar o criticar las decisiones gubernamentales. Las propias y las ajenas.

Por eso la capacidad política no es algo individual: es una facultad colectiva. En política, la superioridad de las organizaciones colectivas por sobre las personalidades reside precisamente en que aquellas facilitan que las lealtades se funden más en ideas que en beneficios materiales. La pertenencia a una institución permite sublimar principios e ideales por sobre dos grandes enemigos internos de los partidos: el personalismo y la costosa red de reciprocidad de favores personales. En definitiva, el costo de no capacitar termina siendo varias veces superior al de hacerlo.

# El bosque, no el árbol

María del Carmen Feijóo

En los últimos tiempos, algunos comentaristas se han referido con perspectiva crítica al actual panorama social del país. Preocupa la persistencia de una pobreza que, pese a los extraordinarios logros que ha habido en su mejoramiento en el último quinquenio, ronda el 20%, en condiciones de altas tasas de crecimiento y que no cederá sin estrategias sistemáticas para erradicarla. Su diseño requiere de un análisis adecuado que la explique, mediciones que den cuenta de su evolución y una conceptualización correcta de las políticas. Esa situación virtuosa no existe en este momento y fue fagocitada por el debate acerca del INDEC o la bancarización de los beneficiarios. Desde el punto de vista conceptual, sigue centrada en una visión monetaria, haciendo caso omiso del análisis a lo Amartya Sen, con foco en sus componentes extramonetarios. Una vez más el árbol nos impide ver el bosque.

El análisis predominante es tributario del planteo que muchos sostuvimos durante los 90: la idea de que la mejor herramienta para traccionar gente de la pobreza al bienestar es el crecimiento del empleo o el acceso al mundo del trabajo. Este proceso ha alcanzado niveles de éxito difíciles de soñar en el marco de la crisis del 2001 y 2002, reduciendo la tasa de desempleo a menos de un dígito. Sin embargo, el poder seguir avanzando sobre esta línea choca con dos dificultades: por un lado, la cuestión de la baja tasa de actividad de la población económicamente activa que requiere rápidamente incorporar más población al mercado de trabajo. Por el otro, el salario promedio de los trabajadores, demasiado cercano al valor de la línea de pobreza. Como se viene señalando, esta situación crea enormes diferencias en el interior de la fuerza de trabajo, determinadas en primer lugar por su condición de formales o en negro y por el sector de actividad, tipo de ocupación y capacidad de negociación de los gremios a los que pertenecen los trabajadores. En síntesis, decir hoy que el trabajo es el mejor medio para sacar a la población de la pobreza es una verdad a medias, en la medida en que ayuda a los activos ocupados, sindicalizados y en blanco, pero no tiene efecto sobre el sector de pobreza crónica definido como inactivo o sobre los segmentos en negro y con ocupaciones inestables de baja remuneración. Por último, aún los trabajadores "privilegiados" con el actual nivel de remuneración y cierta ausencia de políticas públicas que contribuyan a la resolución de sus necesidades básicas, no pueden resolver el acceso a los bienes que garantizan una vida digna: vivienda, salud, algunos componentes de educación, transporte adecuado. El mensaje sobre este punto es que a la vez que se sostiene el valor del trabajo hay que enfatizar la necesidad de mantener y consolidar políticas antipobreza para los que están fuera del mundo del trabajo.

Por otra parte, el consenso y la legitimidad social del combate a la pobreza disminuyen en la medida en que baja la tasa de desempleo. En Capital, sobre todo, el comentario de que "el barrio está lleno de carteles que piden ayudantes de cocina, bacheros, mozos y no se consigue" está peligrosamente cercano a la vieja frase de que "en este país no trabaja el que no quiere". En cambio, se escucha menos sobre las condiciones salariales y de trabajo que podrían explicar en parte esta inelasticidad de la oferta. Reiteramos lo dicho muchas veces: ¿por qué los pobres no habrían de tener cálculos racionales en materia de costo/beneficio de su salida al mercado de trabajo como lo hacen otros sectores sociales? La verdad, con empleadas domésticas que trabajan por seis pesos la hora y en negro, poco es lo que se puede hacer desde el punto de vista de los hogares, más que responder a las demandas básicas de la supervivencia.

No reconocer analítica y empíricamente estas dimensiones actuales de la condición social de los argentinos es lo que hace que amigos y compañeros se sorprendan cuando visitan, por ejemplo, el conurbano bonaerense: señalan que "la gente está muy pobre". En este escenario, no podrían sino estarlo y la salida de esa pobreza no puede provenir sólo de la vía del trabajo. Mientras tanto, compran electrodomésticos y otros bienes de consumo durables como el acercamiento al bienestar en entornos domésticos deprimidos y que no pueden afrontar la resolución de los grandes problemas de la vida cotidiana ya mencionados y que dependen de la acción del Estado.

Llama la atención en este contexto el papel de Desarrollo Social, confinado a estrategias paliativas de la pobreza y poco proactivo en la búsqueda de alternativas. Independientemente de la dificultad de obtener información en su página web acerca de la cobertura de los programas —cuestión que dificulta seriamente el análisis—, su enfoque combina la visión "trabajista" de la salida de la pobreza —correcta pero insuficiente, como hemos señalado más arriba— con otra "redentorista", tributaria de ciertos estilos de trabajo social superados. Aunque las autoridades manifestaron la voluntad de pasar los componentes asistenciales de la lucha contra la pobreza a la cartera de Desarrollo, ésta no pasa del abordaje paliativo, y el protagonismo específico de lucha contra la pobreza ha pasado a los ministerios de Trabajo y Educación, bajo la forma de programas de finalización de nivel educativo y capacitación para el mundo del trabajo. Vale la pena que digamos estas cosas los amigos. Algunas de las cosas que podría hacer el ministerio de Desarrollo Social para atender con perspectiva de mediano y largo plazo sus necesarias intervenciones asistenciales, implican promover su articulación con otros ministerios del sector social. La existencia de programas de ingresos como el Familias que van directa-

mente a los hogares, deben tener articulaciones concretas con otras instituciones del sector público: no sólo que los beneficiarios estén obligados a “contra prestaciones” –cuestión que merecería una profunda discusión–, sino que las instituciones que los atienden también tuvieran que cumplir compromisos con ellos. Por ejemplo, que en las escuelas de barrios muy pobres que tuvieran un x por ciento de población con cobertura de programas, los docentes y las instituciones diseñaran programas educativos específicos para mejorar el rendimiento escolar del conjunto y, especialmente, de los chicos bajo programa. Sin ello, esos programas serán sólo de “transferencias condicionadas” a los beneficiarios y limitados en su capacidad de explorar las sinergias con otros efectores del bienestar.

En la encrucijada entre la visión “trabajista” y la “pobrerista”, Desarrollo Social podría cortar el nudo gordiano convirtiéndose en una herramienta activa para incrementar la tasa de actividad de la población que, dados los niveles que alcanza la masculina, sólo podría surgir de un incremento de la salida de las mujeres al mercado de trabajo. Para ello, es clave la provisión de servicios básicos de cuidado infantil, coordinando salud y educación y manteniendo el plus de las transferencias, capacitando a las mujeres, reforzando las acciones comunitarias y diseñando una estrategia integral de incorporación al mercado, en lugar del foco en la economía popular como mantiene hoy con otros programas. Ver el bosque, no el árbol, es parte de una estrategia integral de erradicación de la pobreza.



## Umbrales de América del Sur

Buenos Aires, Año 2, Número 5, abril a junio de 2008

“Ahora, en el contexto de la reorganización del peronismo que está llevando adelante Kirchner, se habla de afiliarse al partido a la Internacional Socialdemócrata para identificarlo así con el centro-izquierda en términos de alianzas internacionales. La situación genera varias paradojas. La primera es que, de concretarse el cambio de afiliación internacional del peronismo –que es un proceso que lleva tiempo–, prácticamente toda la política argentina (con la excepción de Macri) quedaría adscripta a la internacional de centro-izquierda, ya que en ellos quedarían el peronismo, los restos del radicalismo y las diversas vertientes del socialismo. La segunda es que en febrero, al reunirse la Internacional de centro-derecha, el peronismo a través de la representación del pequeño Partido Demócrata Cristiano argentino ratificó su pertenencia a esta central, cuando el presidente mexicano Calderón –quien aspira a la Presidencia mundial de esta organización– planteó sus dudas respecto de si el peronismo, con Kirchner, seguía adscribiendo a los principios ideológicos democristianos o de centro-derecha. La tercera es que, de concretarse finalmente el pedido del PJ para incorporarse a la Socialdemocracia, se dará justo cuando Kirchner está dando un giro hacia el centro con la reorganización del peronismo, el que, como ha sido clásico en otras épocas, parece volver albergar bajo un mismo techo a derecha e izquierda”. (Rosendo Fraga: “El peronismo como eje central”)

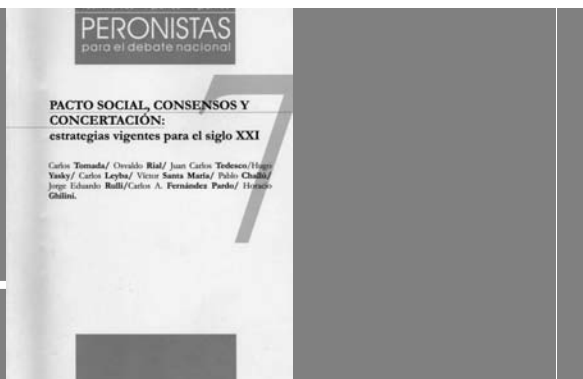
“Hasta ahora, más que configurarse una división de izquierda/derecha, o incluso peronista/antiperonista, tenemos una división política entre las fuerzas y líderes que poseen 'dominio territorial', que son por definición

hoy día 'oficialismos', y los que poseen 'dominio mediático', con algunos 'infiltrados' en esa división política, cada uno con sus sectores sociales típicos. De allí que hoy el partido oficial sean casi todos los gobernadores más la mayoría de los intendentes del conurbano y algunas de las organizaciones sociales más populares. Y más que oposición encontremos líderes opositores pugnando por aparecer en los medios –y mover el amperímetro encuesteril-. Por su propia naturaleza, el dominio territorial a nivel nacional tiene una propensión a la jerarquía (por la distribución de recursos en el peculiar federalismo centralizado argentino que centraliza la recaudación, federaliza coparticipando parte de ella, y negocia el resto) y el dominio mediático a dispersarse, con los líderes opositores pasando a oponerse unos a otros. En ese sentido, sin la regeneración partidaria, la alternancia dependerá mucho de la suerte del oficialismo, y en todo caso, de la desmembración de su coalición territorial –con gobernadores, intendentes, representantes y punteros buscando su destino, todo eso a favor de alguno de los líderes mediáticos favorecido por una nueva tómbola electoral. Así, más que elecciones, lo que se está dando en la Argentina es una confirmación o el derrocamiento electoral del gobernante (y muchas veces el derrocamiento sin elecciones), tendencia generalizada que consigna Pierre Rosanvallon en su libro *Contrademocracia*, pero que en nuestro país se da caricaturescamente, como tantas otras cosas”.

(Luis Tonelli: “Democracia sin partidos (hasta nuevo aviso)”)

Peronistas para el debate nacional  
Pacto social, consensos y concertación:  
estrategias vigentes para el siglo XXI

Buenos Aires, Centro de Estudios de la Patria Grande,  
Número 7, Noviembre de 2007



“Establecer las razones por las cuales cada uno entiende el 'diálogo social' y construye sus imaginarios políticos parece ser una cuestión previa. Nosotros, desde hace algún tiempo, proponemos encarar la cuestión desde tres categorías básicas: la tregua, el consenso y la concertación. La 'tregua' es un grado primitivo y elemental del diálogo. Se da cuando sucede una emergencia, una situación de caos, de explosión o crisis social. Su carácter es lo espontáneo, requiere respuestas veloces, predomina lo urgente por sobre lo importante. Lo que se busca entonces es minimizar los efectos, impedir la 'escalada'. En tales climas, prima 'el más fuerte' y los líderes espontáneos. Podríamos sintetizar su temática en abordar el problema de la convivencia y la gobernabilidad. Una instancia superior a la tregua y ya dada por ciertas condiciones de convivencia y diálogo, se expresa en el 'consenso' o 'pacto', que implica la capacidad y voluntad de ahondar intereses y poner objetivos comunes; se busca un acuerdo de partes y su *leit motiv* es poder congeñar intereses, especialmente económicos y de posicionamiento de distintos sectores -que no necesariamente son contrapuestos- con el objeto de trazar una estrategia común. Aquí ya es necesario el tiempo -al menos el mediano plazo-, la posibilidad de generar prospectivas, de discutir en el campo de la rentabilidad de las empresas -que para mantener la tasa de ganancia tienen que crear mercados-. Y todo esto significa tener una visión de integración nacional y regional. Sus líderes son institucionales. Expresan sectores e intereses sectoriales. Podríamos sintetizar su temática en la prosecución de un 'pacto social y productivo'. Una tercera instancia superior a las anteriores es la 'concertación'.

Concertar quiere decir, por un lado, generar 'certezas' (con-certezas) y eso significa que el país logre transitar las ideas de un plan y proyecto de país que le permitan alcanzar metas accesibles y viables, pero cualitativamente distintas a las virtudes u objetivos logrados por el consenso. Por otro lado, 'concertar' tiene que ver con 'concierto' en el sentido musical de la palabra: con la unidad en la diversidad o, al revés, con cómo lo diverso se convierte en algo simbólico y unido. La riqueza de un país no está en conseguir la unanimidad, lo monocromático, sino en que lo diverso adquiera distintas tonalidades, como si se tratara de los distintos instrumentos que suenan en un 'concierto': cada uno con sus características e identidades aportan a un bien común, la sinfonía. Los actores sociales somos la diversidad instrumental de la orquesta. Por su parte, el gobierno y el consenso político de la dirigencia actualmente elegida en la

Argentina tienen el ejercicio y la responsabilidad de llevar la batuta: la iniciativa, la conducción, y marcar el paso y los tiempos. Pero es el pueblo el que tiene que escribir la partitura. Para nosotros está claro que el enemigo de lo nacional, el poder concentrado financiero y multinacional, quiere tenernos siempre atareados en las treguas. La consigna política parece transitar el camino del diálogo para materializar el consenso y el pacto social, paso necesario para que los argentinos podamos debatir un modelo que, una vez adoptado, querido y encarnado por el pueblo, será nuestro Proyecto Nacional. (Horacio A. Ghilini: “Editorial”)

“No cabe duda que el Pacto Social, controlada cualquier desviación corporativista, complementa la representación política de los partidos. Dicho de otro modo, expone intereses reales y actores visibles. Confiere realismo a la política. Responsabilidad pública a los que han asumido el compromiso. Por cierto que el marco histórico del Pacto Social de 1973 es cosa del pasado. Pero continúa siendo la imagen arquitectónica de la justicia social. Difícilmente podemos hallar otra”. (Carlos Fernández Pardo: “Pacto Social: su marco histórico”)

“El mérito de Néstor Kirchner ha sido la reconstrucción de la autoridad del Estado al interior de la Nación y del país en el concierto de las naciones. Pero la extranjerización de la economía es gigantesca como pequeña es la dimensión económica del Estado. La cuestión social es dramática y pequeña la capacidad de la industria para revertirla. El país se somete otra vez a una bifurcación doble. O el mercado.

O el pacto social. Y un pacto social para administrar la inflación. O uno para la acumulación y la reinstalación de esas banderas que a pesar de cuatro generaciones pasadas - 60 años- siguen siendo la gran razón de la democracia. Si hay pacto social con contenido, significa que finalmente hemos logrado entender la razón de la decadencia de la que no se sale sin crecer, pero que solamente se abandona cuando la organización económica produce hombres reconstruidos moralmente. Con esas mismas ideas Perón retornó a la Argentina y puso en marcha esa reconstrucción”. (Carlos Leyba: “El Pacto Social 1973”)

“Para una parte del espectro de las organizaciones sindicales y los movimientos sociales, las palabras 'Pacto Social' están desprestigiadas. Por diferentes experiencias históricas, esto genera un porcentaje bastante alto de desconfianza, porque hubo una degradación de pactos que tenían como objetivo garantizar políticas de ajuste”. (Hugo Yasky: “Pacto Social. Una mirada desde los trabajadores”)



## Caras y Caretas El parto del desarrollo nacional

Buenos Aires, Fundación Octubre, Año 47 n° 2223, junio 2008

“La Revolución Industrial comenzó hace dos siglos y medio y desde entonces sabemos que la industria es el factor esencial en el desarrollo de las naciones. La experiencia al respecto es concluyente. Ella permite observar que no hay naciones desarrolladas que no sean fabriles (porque no hay otra vía al desarrollo); la inversión de la prueba no es menos cierta y confirma lo anterior: no hay naciones fabriles que no sean desarrolladas. Industria y desarrollo son sinónimos de bienestar. Hay, sí, naciones ricas por sus recursos naturales, como Arabia Saudita, con el petróleo, o las islas con playas en el Caribe, pero sus limitaciones son evidentes. Ser 'rico' no es igual a ser desarrollado. La experiencia argentina, con el auge de la carne y los cereales pampeanos a comienzos del siglo XX y un prolongado retroceso después, en el listado de las naciones por su ingreso, se debe, precisamente, a que el país había perdido sus ventajas naturales y no logró reemplazar ese activo con una industria pujante. Hoy, los aumentos de precios de los bienes agrarios hacen creer a algunos que el país puede volver a ser una gran nación agropecuaria, pero esa perspectiva es más que dudosa, primero, porque nadie puede confirmar que los precios actuales (los más elevados en más de un siglo de caída continua) van a mantenerse; ya hubo episodios similares de alza que duraron poco y abrieron el paso a frustraciones posteriores. Segundo, porque el agro pampeano no puede sostener a un país de 40 millones de habitantes. Jamás podrá producir la riqueza suficiente para ello (como sí ocurría con un país de unos pocos millones de personas en 1910) ni generar empleo suficiente para todos. Por eso, la apuesta al desarrollo sigue estando basada en la industria. Acompañada por el agro, por supuesto; no hay ninguna razón para despreciar el potencial productivo de la tierra que puede y debe desarrollarse con toda su fuerza. Pero si queremos un país desarrollado, éste deberá ser industrial, acompañado por un agro consolidado y eficiente. No un país 'agroindustrial', como dicen los que siguen enamorados de un pasado que no volverá, sino un país industrial con una fuerte base agropecuaria”. (Jorge Schvarzer: “La industria para el despegue argentino”)

“La política argentina ha retrocedido varios casilleros en medio de toda esta comedia bufa, y es necesario redimirla de tanta bobería. Hay para eso un instrumento, y acaso sólo uno, cuyo valor es hoy necesario restablecer y renovar: la palabra. La palabra -entendámonos- política. La palabra capaz de crear sentidos y convencer a las per-

sonas, de generar entusiasmos y forjar identidades, de identificar aliados y también antagonistas. Hace tiempo que ese tipo de palabra se alejó del centro de la vida pública argentina, colonizada primero por la jerga de los economistas del ajuste, silenciada después, tras ese largo ciclo, por los sonidos de la furia que acompañó su fin, y nunca del todo restaurada por un gobierno (el último) tan encomiable por sus logros como inhábil para articularlos en un discurso convincente. Recrear la palabra -la dignidad, el peso y la densidad de la palabra- es una evidente necesidad del gobierno nacional, pero es también, aun más que eso, una exigencia que tiene la propia democracia si la queremos más democrática y más fuerte”. (Eduardo Rinesi: “Palabra y democracia”)

“El peronismo fue una invención política que generó también una original epopeya social, económica y tecnológica. Esto conformó con el tiempo un corpus imaginario que se fue convirtiendo en una verdadera máquina de producción de identidad. En ese lábil y cambiante tema identitario, el peronismo sin duda ocupa el eje, en cualquier abordaje. Hay una marca que le viene al peronismo por su origen en las márgenes mestizas de la sociedad (los grasas, los cabecitas), que le dio potencia, desprejuicio y capacidad de apropiación a través de una cierta mirada ingenua de la realidad, que lo ubica en la tradición del barroco latinoamericano. Sin embargo, las elites de la cultura vernácula, siempre acompañadas por una mayoría disciplinada de artistas, ignoraron este mundo. Moviéndose entre el prejuicio ideológico y un desprecio al borde del racismo, trataron de olvidar las evidencias de aquella década fundacional. Tanto para la elite del poder como para la izquierda tradicional este período ni siquiera calificaba en el rubro 'arte político'.

Podríamos recordar la infinidad de versiones que inspiró a destacados pintores nuestros el sangriento bombardeo de Guernica; nadie en cambio se conmovió -durante más de cincuenta años- por los no menos sangrientos bombardeos de Plaza de Mayo. Nuevamente funcionó esa mirada asimétrica creando valor estético en hechos y víctimas de los países centrales por encima de similares circunstancias producidas aquí”.

(Daniel Santoro: “Pintura, identidad y peronismo”)

## Cuadernos Argentina Reciente Elecciones 2007. Lecturas, escenarios y futuro

Buenos Aires, Número 5, diciembre de 2007



“La 'normalización' del sistema de partidos argentino resulta una consecuencia de la constitución del programa y la organización política que se ha esbozado y que se encuentra en potencia en esta etapa histórica. En el fondo, el peronismo en su formulación actual está en condiciones de ser transformado en una potente organización política que ocupe el centro izquierda de la escena política nacional.

Por ese objetivo abogamos desde estas líneas, y para que en el marco insoslayable e irrenunciable del formato institucional republicano y democrático, existan los correspondientes partidos y alianzas sociales que se hagan cargo de representar y articular aquellos intereses sociales que normalmente son calificados de la 'derecha' o el 'centro derecha' políticos, alusiones que refieren a los intereses más conservadores, apegados a la estructura de propiedad y distribución del ingreso social predominantes en una formación nacional dada, tal como ocurre en casi todas las sociedades modernas y desarrolladas del mundo”. (Miguel Talento: “Identidades políticas, partidos y programas. Reflexiones a partir del proceso electoral”)

“En los años recientes, los estudios de opinión revelan que alrededor de setenta por ciento de las personas depositan poca o muy baja confianza en los partidos políticos y en sus dirigentes, por eso el 'que se vayan todos' no fue el producto de un mero día de furia. En fin, si en la Argentina se sustituyese de un modo prolongado la democracia de partidos por un sistema basado en la competición entre frentes electorales, es probable que los grandes intereses económicos nacionales y extranjeros encuentren en ese modo de conformación de la arena electoral una alternativa muy conveniente para aumentar sus influencias sobre las decisiones públicas, transformados en sponsors de candidatos amigos y seleccionadores de altos funcionarios que, al no provenir de estructuras partidarias estables, no tengan *cursus honorum* que cuidar y sean dúctiles a sus sugerencias y proyectos”. (Ricardo Sidicaro: “De los Partidos a los Frentes”)

“Hay oportunidades. Hacer creer que todo está mal es tan dañino, socialmente, como empeñarse en hacer creer que todo está bien. La excelencia política no está sólo en reconocerlo sin coartadas, con todas las palabras, e intentar corregir los rumbos. Es generar creencias verosímiles sobre nuestros límites frente a las demandas. La situación en un tiempo, espacio y acción de aquello -la utopía- que no tiene lugar y que siempre genera la ilusión de lo por venir. No hay bienaventuranza sin peso de proyecto. Empecemos a sopesarlos en el platillo opuesta a la desventura. Démonos la oportunidad de examinar en conjunto nuestras conductas”.

(Carlos Campolongo: “Las elecciones, recitado de ayer o imaginación de futuro”)

“No hay un partido de *centro derecha* en la Argentina entre otras cosas porque no hay más partidos. Mi duda es: ¿será que no hay más partidos porque no hay más ideologías políticas o será que las ideas políticas parecen diluidas precisamente porque no hay partidos para expresarlas? (...) Los partidos, cuando crecen y se tornan realmente representativos de ciudadanos y no solamente de ideas, tienden a hacerse ideológicamente heterogéneos -si bien en general suelen mantener un hilo de ideas conductor que mueve los consensos internos mínimos. Esa heterogeneidad es parte de la política y es una de las funciones que cumplen los partidos.

Sus dirigentes, sus fundadores, sus alimentadores, sus representantes, normalmente expresan algunas ideas y ellas son una de las fuentes de coincidencias con los votantes.

Cuando las ideas están tan dispersas como lo están ahora, cuando los consensos son tan poco claros, tal vez se produce el fenómeno al que asistimos: carencia de dirigentes con la capacidad de organizar partidos, abundancia de dirigentes televisivos, personalistas, actores (en el sentido escénico) de la política más que forjadores de proyectos para el país; y, simétricamente, ciudadanos sin identidad política definida, sin lealtad a ideas fuerza”. (Manuel Mora y Araujo: “El voto de centro derecha: ¿dónde está?”)

“En el presente, la sensación de que los problemas locales son mejor representados por instituciones partidarias distritales se ha diluido. Las nuevas camadas dirigenciales que podrían alimentar las filas de los partidos provinciales se han integrado a los partidos nacionales (PJ y UCR) como una forma de optimizar sus beneficios selectivos. En este sentido, la crisis política desatada de manera abierta en el 2001 no fue capitalizada por ninguna de las expresiones conocidas de partidos provinciales, ni surgieron nuevas que lograran hacerlo. El perfil territorial provincial ya no necesita de los partidos provinciales para ser representados, dado que los partidos nacionales no ahogan ni rivalizan excluyentemente intereses nacionales con intereses locales. Es más, la creciente autonomía de los liderazgos provinciales del peronismo y del radicalismo permiten acentuar esta tendencia.

Por otro lado, ante la ausencia de marcos ideológicos rígidos, en el futuro cualquiera de los partidos provinciales puede convertirse en socios potenciales de los grandes partidos mayoritarios”. (Hugo Cortés y Sergio De Piero: “Allá lejos y hace tiempo. La decadencia electoral de los partidos provinciales”)

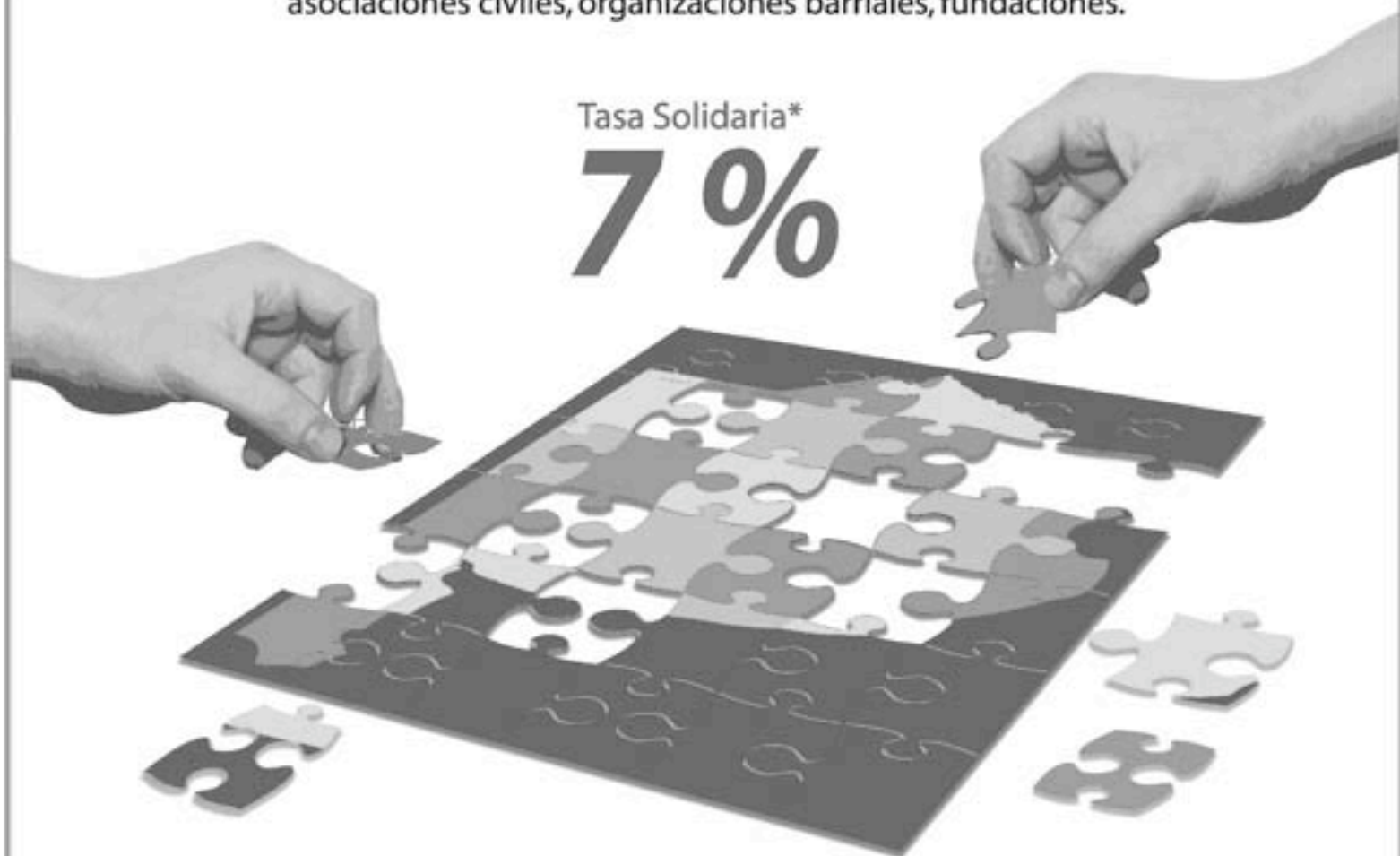


# Fuerza Solidaria para manos que trabajan

Para todos aquellos que nunca pudieron, hoy les ofrecemos  
un sistema de crédito solidario  
destinado a cooperativas de trabajo, fábricas recuperadas,  
asociaciones civiles, organizaciones barriales, fundaciones.

Tasa Solidaria\*

# 7 %



**+ Para vos    + Para él    + Para todos**

Si formás parte de un proyecto asociativo o una institución de microcréditos y necesitás crédito con garantías flexibles,  
llamanos al **0800-333-2568** de lunes a viernes de 8 a 20 hs., o visitanos en [www.fuerzasolidaria.gov.ar](http://www.fuerzasolidaria.gov.ar)



**Buenos Aires**  
LA PROVINCIA

**Banco Provincia**   
Si es de la provincia, es tuyo.

\*Entidad otorgante del crédito Fideicomiso Fuerza Solidaria. Banco Provincia de Buenos Aires y Provincia de Buenos Aires son Fiduciarios del Fideicomiso Fuerza Solidaria

\*Tasa de interés Nominal anual variable para los Proyectos Asociativos de Economía Social: 7% para el período abril a septiembre 2008. Costo Financiero Total anual 7%

\*Tasa de interés Nominal anual variable para Instituciones de Microfinanzas: 2% para el período abril a septiembre 2008. Costo Financiero Total anual 2%



## SUMARIO

### EDITORIAL

Peronismo y oligarquía. *Por Antonio Cafiero*

### RESEÑAS

Elecciones presidenciales y giro político en América Latina.

*Por Ernesto Jorge Tenenbaum*

Manual del antiperonismo ilustrado. *Por Enrique Manson*

Cristina. Pensando en la Argentina. *Por Jorge Drkos*

José Ignacio Rucci. *Por Leticia Manauta*

Las políticas sociales en perspectiva histórica. *Por Gabriela Agosto*

Juan Domingo Perón. La unión sudamericana. *Por Hugo Chumbita*

San Martín y Bolívar vistos por Perón. *Por María Alicia Timpanaro*

Ideas, política, economía y sociedad en la Argentina (1880–1955).

*Por Fernando Duarte*

### OPINIÓN

El costo de la capacitación. *Por Mariano Fontela*

El bosque, no el árbol. *Por María del Carmen Feijóo*

### REVISTA DE REVISTAS

Umbrales de América del Sur

Peronistas para el debate nacional

Caras y Caretas

Cuadernos Argentina Reciente